



NOELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.



PROSPECTO.



Acometemos una empresa muy difícil; ofrecemos lo que no puede realizarse sin contando con el favor del público, y con él hemos conado, porque siempre lo hemos visto dispensar buena acogida á todo aquello que la merece.

No escribimos este *Prospecto* para hacer promesas deslumbradoras y prodigar alabanzas á esta publicacion, pues todos saben ya á qué atenerse sobre este punto, y por consiguiente nos concretaremos á dar á conocer clara y sencillamente las condiciones con que verá la luz El PERIÓDICO PARA TODOS.

Con preferencia se ha fijado nuestra atencion en justificar el título de la publicacion que ofrecemos.

La lectura de buenos libros ha llegado á ser en esta época una verdadera necesidad; pero no están siempre los libros al alcance de todas las fortunas, ni todos los libros tampoco pueden satisfacer el gusto de todos los lectores.

Buscan los unos la instruccion, otros el recreo, como descanso despues de sus habituales fatigas, y no pocos exigen ambas condiciones en las obras literarias.

Para todos decimos que es nuestro periódico, y todos encontrarán lo que desean y les agrada.

La suscripcion á una sola obra significa un verdadero sacrificio para muchas personas, y sin embargo, nosotros les ofrecemos mucho más á cambio de un desembolso de poquísima importancia.

Tres obras por lo ménos á la vez, y no tres obras ligeramente escritas, descuidadamente traducidas y de ex-

tranjero sabor, sino originales, escritas expresamente para nuestro periódico, y producto del talento de los literatos que gozan de más reputacion en España.

Esto no son ofrecimientos pomposos que no hayan de cumplirse, ni mucho ménos, como ántes hemos dicho, frases deslumbradoras, pues para probarlo basta decir que contamos con escritores de tanto mérito y tan populares como *D. Manuel Fernandez y Gonzalez, D. Ramon Ortega y Frias, D. Torcuato Tarrago y Mateos* y otros de igual importancia.

Estos nombres son ya por sí solos una garantia en cuanto al mérito literario de nuestra publicacion, y sin temor de que se nos acuse de exagerados podemos decir que con estampar estos nombres está dicho cuanto puede decirse para que el público nos dispense sus favores.

En pocos dias se agotan siempre las ediciones de las obras de estos autores, y hé ahí en lo que nos hemos fundado para creer que el público nos favorecerá, y favoreciéndonos nos será fácil dar cima á la empresa que tan difícil parece.

Y aún esto nos ha parecido poco para justificar el título de nuestra publicacion, y sin reparar en sacrificios, además de las tres notables obras que ya aparecen desde el primer número, llevarán éste y los demás una seccion que podemos llamar *festiva ó de puro recreo, con artículos literarios, cuentos, anécdotas y delicados chistes*.

Otra seccion se dedicará exclusivamente para dar á conocer en todo su interés dramático y su importancia

92

moral y social las causas más célebres de todas las épocas, ó sean esos pavorosos cuadros de los que puede decirse que son la mancha de la humanidad. El público lee siempre con avidez el relato de esos sucesos, que excitán tanto más el interés cuanto no son invenciones de la imaginación ardiente del novelista.

Tampoco hemos olvidado esas obras que á la par que científicas son de recreo, como los viajes y otras del mismo género, cuyo interés siempre creciente hace la lectura tan agradable como instructiva.

Por último, dedicaremos exclusivamente otra sección para tratar cuanto tiene relación con la América, ocupándonos de sus costumbres, de sus gobiernos y de su literatura, y publicando las biografías de sus más célebres personajes. Los hijos de América son nuestros hermanos; son españoles y merecen esta consideración. Allí han florecido en las letras y en las artes ilustres varones, honra de su patria, y no solamente nos ocuparemos de sus obras, sino que ponemos nuestro periódico á disposición de los escritores americanos, cuyas producciones insertaremos con mucho gusto en las columnas de nuestro periódico.

Cada una de estas secciones contendrá lectura abundante, pues hay que tener en cuenta que es mucha la de cada número en sus diez y seis páginas con cuarenta y ocho columnas de letra, que aunque muy clara es compacta, como puede verse en el primer número que publicamos con este *Prospecto*.

Así estamos seguros de satisfacer completamente á los que más exijan, pues el suscriptor tendrá cada semana una cantidad de lectura que en otra forma de publicación le costaría seis veces más.

Para cumplir nuestro propósito hemos principiado por ser exigentes con nosotros mismos, y hemos concluido por preguntarnos si se necesita algo más para la justificación del título de nuestro periódico.

Y efectivamente, algo más se necesita, porque los buenos grabados son siempre una parte de recreo para el lector, y muchas veces sirven también para hacer más comprensible lo que el autor ha querido describir.

Los artistas españoles de mejor reputación se han encargado de ilustrar *EL PERIÓDICO PARA TODOS*, y en cada número aparecerán por lo ménos tres ó cuatro grabados bellísimos y de gran tamaño, representando unas veces escenas de las obras cuya publicación principiamos, ú otros asuntos de gran interés.

El público no ignora que los originales de autores como los que dejamos mencionados no pueden adquirirse sino á muy subido precio, y así se comprenderá que nos imponemos grandes sacrificios, aunque abrigando la esperanza de que sabrán apreciarse y obtendremos la recompensa.

Fácil es publicar obras baratas cuando son de escaso mérito, porque á poca costa pueden adquirirlas los edi-

tores; pero nosotros hemos querido hermanar la baratura con la bondad, y aunque teniendo que vencer muchas dificultades, lo hemos conseguido.

Si satisfacemos todos los deseos y todos los gustos, y ponemos la publicación á tan bajo precio y con tales condiciones que esté al alcance de todas las fortunas, hacemos cuanto puede hacerse en beneficio del público y de las letras.

Restanos hacer una advertencia de muchísima importancia: en nuestro periódico no tendrá cabida absolutamente nada que no esté dentro de los severos principios de la moral cristiana; no tendrá cabida una sola frase que pueda herir las conciencias escrupulosas ni ofender levemente la inocencia de la juventud.

Para todos queremos que sea nuestro periódico, y con el más completo descuido pueden los padres dejarle en manos de sus hijos, pues de su lectura no quedará en el alma germen alguno peligroso; su lectura recreará unas veces y otras enseñará, su que la imaginación tenga que hacer penosos esfuerzos, pero nada más.

El mejor testimonio de esta verdad es el primer número que damos á luz á la vez que este *Prospecto*, número cuyo detenido examen y lectura recomendamos al público, pues sólo así puede juzgar con acierto.

No tenemos noticia de que se haya hecho más en España en cuanto á publicaciones de esta clase, ni creemos que puede hacerse.

Fijese la atención en el mérito de las obras, de los grabados y de la impresión, y además en la gran cantidad de lectura, y teniendo en cuenta el precio de cada número se comprenderá fácilmente que ofrecemos ventajas positivas.

Hemos cumplido nuestro propósito de concretarnos á dar á conocer clara y sencillamente la índole y las condiciones de nuestro periódico. No hemos hecho una sola promesa que no empiece á cumplirse desde el primer número, ni hemos predigado alabanzas á lo que no las merece, pues hemos sido paucos hasta en lo que hemos dicho de los eminentes y populares autores cuyos nombres figuran á la cabeza de nuestro periódico. Así se convencerá más y más el público de que no queremos deslumbrar para conseguir favores inmerecidos.

En cuanto á la exactitud en la publicación de los números de este periódico, recordaremos solamente que nuestra Casa editorial cuenta ya bastantes años de existencia, que ha publicado muchas obras de gran mérito, y que ha cumplido siempre con la más escrupulosa exactitud lo que ha ofrecido. Creemos que esta circunstancia es una verdadera garantía, pues no hemos de arriesgar en un solo día el crédito que hemos adquirido muy trabajosamente en muchos años.

EL EDITOR.

PARTE MATERIAL.

EL PERIÓDICO PARA TODOS se publicará una vez á la semana.

Cada número se compondrá de 48 columnas de impresion, conteniendo tanta lectura como 32 pliegos de ocho páginas de las que se publican por entregas, y de tres á cinco grandes grabados intercalados en el texto.

Todas las semanas daremos novelas de *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*, *D. Ramon Ortega y Frias* y *D. Torcuato Tarrago y Mateos*, profusion de artículos recreativos y de interés, causas célebres, chistes, chascarrillos, charadas, etc., etc.; y si como nos prometemos podemos conseguirlo, daremos además una seccion de novelas de *Julio Verne*, que insertaremos tambien semanalmente.

Esta publicacion, que es sin disputa la más barata QUE SE PUBLICA EN EUROPA, no costará más que UN REAL CADA SEMANA en Madrid, REAL Y MEDIO en provincias, y DOS REALES en América, pagados siempre en el acto de recibir el número.

Nuestros corresponsales de América son los únicos que están autorizados para variar la época y modo de cobrar las suscripciones con arreglo á las costumbres de su localidad.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Madrid.—En la Administracion, calle de la Encomienda, núm. 19, cuarto principal; librerías de D. Leocadio Lopez, calle del Carmen; de los Sres. Moya y Plaza, y Viuda é Hijos de Ouesta, calle de Carretas; D. Antonio de San Martin, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Jerónimo, y Gaspar y Roig, calle del Principe, núm. 4.

En provincias.—En casa de los señores corresponsales de esta empresa. En los puntos donde no haya corresponsales, están autorizados para admitir suscripciones todos los administradores de correos y carteros de los mismos, pudiendo contar que por este trabajo les abonaremos el 25 por 100 de todo cuanto recauden.

Habana.—D. Ramon Molinas, calle de Cuba, núm. 74.

Puerto-Rico.—Sra. Viuda de Gonzalez, librería, y en el Centro de suscripciones de D. Francisco Fabra.

Buenos-Aires.—En *El Siglo Ilustrado*, Centro de suscripciones de D. Ramon Espasa, Corrientes, núm. 294.

Montevideo.—En casa de D. Andrés Rius, Uruguay, núm. 125.

Méjico.—En *La Ilustracion Hispano-americana*, Amor de Dios, núm. 4.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á D. Jesús Graciá, Encomienda, núm. 19, principal, Madrid.

MADRID, 1872.—Talleres de impresion y reproduccion. Zaragoza y Jáyme.—Desengaño, 29.—Afligidos, 4.

Muy señor mio: Si despues de lo dicho en el anterior Prospecto le parece á Vd. digna de su atencion la importante publicacion que en el mismo se anuncia, le ruego examine detenidamente el primer número, que adjunto me tomo la libertad de presentarle.

Si es de su agrado, como espero, y quiere Vd. honrar la lista de suscripcion, puede servirse poner á continuacion su nombre y las señas de su domicilio, las cuales se presentará á recoger

Su atento y S. S. Q. B. S. M.

El repartidor.

Sr. D. _____

Calle _____ núm. _____

cuarto _____

OBRAS TERMINADAS

QUE SE HALLAN PUESTAS Á LA VENTA EN LOS MISMOS PUNTOS DE SUSCRICION.

	REALES.
La Huérfana de Bruselas, dos tomos.....	51
La Hermana Ana y el Buen Muchacho, por Paul de Kock, dos tomos.....	51
Las Dos Bañeras, por el mismo, un tomo.....	48
Los Siete Borbones, dos tomos.....	66
Historia de la guerra de Africa, un tomo.....	36
Dramas sangrientos, ó coleccion la más completa de causas célebres, tres tomos.....	100
La Vieja del Candilejo, dos tomos.....	40
Victimas y Verdugos, dos tomos.....	50
Rosa, ó la Mendiga, dos tomos.....	32
Crónica de la Guardia civil, un tomo.....	40
Cuatro Historias de Amor, dos tomos.....	28
Amor de Madre, dos tomos.....	36
Los Hijos de Familia, dos tomos.....	40
La Vanidad de una Madre.....	36
El Parnaso Español.....	47
La Monja milagrera.....	40
La Modista de Madrid, dos tomos.....	40
Doña Sancha de Navarra, un tomo.....	23
Elena de Orleans, un tomo.....	24
Tres Perlas literarias.....	51
Los Tres Hijos del crimen.....	50
Memorias de un Marido.....	52
El Arbol caido, ó Juanita la costurera.....	13

EL PERIÓDICO PARA TODOS.



Es propiedad del editor, y se reserva los derechos de traducción: para
el efecto queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PERIÓDICO PARA TODOS

IMPRESA DE «EL PERIÓDICO PARA TODOS.»
á cargo de M. Martínez, calle de la Hiedra, número, 9.
MADRID—1872.





NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA Á DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



—Oid, señor,—añadió la reina acercándose al monje y asiéndole las manos (pág. 3).

Jesús Gracia

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—El Naufragio.—Honor de esposa y corazón de madre, novela por D. Ramon Ortega y Frias.—Sección de América.—La verdad, cuento indio.—Ausencias causan olvido, novela por D. Torcuato Tarrago y Mateos.—El sepulcro de San Luis.—Ayer y hoy, historia de una pulsera, por D. José María Tarrago.—Los buscadores de oro.—Causas célebres.—Sección festiva, GRABADOS.—El Rey del puñal.—Historia de una pulsera.—Antonio Felipe Pardo Martin.—Tipos de Madrid.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

CAPITULO PRIMERO.

En que empieza á comprenderse lo que era el señor rey don Pedro IV de Aragón.

Era ya pasada la media noche.

La luna dejaba ver á las orillas del Ebro, de una parte las casas miserables del arrabal, de otra los muros, los torreones, las agujas góticas de los santuarios de la noble ciudad de Zaragoza.

La tersa corriente del ancho río reflejaba melancólicamente la luz de la luna, y allá en las murallas, de trecho en trecho, se veía partir á veces un pálido y movable destello.

Era el relumbrar de los cascos de las atalayas almogavares que velaban el sueño de la ciudad.

Sin embargo, en la parte más avanzada del alcázar de la Aljafería no se notaban estos fugitivos destellos.

No parecía sino que los muros del alcázar estaban desprovistos de guarda, especialmente por la parte que correspondía al Ebro.

De tiempo en tiempo, el silencio se rompía por un grito de vigilancia que se repetía á lo largo de los muros.

Aquel era el grito de guerra de los almogavares: *despierta ferro*.

Luégo volvía el profundísimo silencio.

Aquel grito demostraba que el rey don Pedro IV de Aragón, de Murcia y de Valencia, conde de Barcelona, estaba en guerra.

Esto era por los años de 1338.

En un torreón del castillo de la Aljafería que avanzaba hacia el Ebro y no lejos de la puerta y del puente Real, á través de las vidrieras de colores de un gran ajimez calado árabe-bizantino que aparecía en lo alto cerca de las almenas, se veía el turbio reflejo de una luz.

Debajo de uno de los arcos del puente, oculta en su penumbra, había una lancha.

En aquella lancha, larga y estrecha, se veían cuatro hombres.

Uno de ellos sentado á proa dormitaba asido á los remos.

Otro de ellos se veía á popa teniendo la caña del timón.

En medio había dos hombres, sentado el uno, de pie el otro.

El que estaba sentado, cuyo semblante se distinguía como el de su compañero al reflejo fantástico de la luna que hería el agua, era un joven como de veinticuatro años, de semblante largo y pálido, casi imberbe, de anchura frente, de ojos negros, grandes y profundos, y de expresión grave, sombría, casi fatídica.

Cubría su cabeza un birrete de color oscuro.

Caían á los dos lados de su semblante largas guedejas negras.

Tenía sobre los hombros un manto oscuro, y bajo él se veía una túnica estrecha á manera de sotana.

La fuerte empuñadura de acero de una espada y un puñal con pomo de oro á la cintura, aparecían al reflejo que partía del agua iluminada por la luna; porque esta barca, estos hombres estaban en la sombra y como en acecho.

* *

El hombre que estaba de pie junto al joven que hemos descrito representaba como cuarenta años.

Tenía la fisonomía ruda, angular; pero por su expresión altiva revelaba á un príncipe ó cuando ménos á un ricohombre.

Cubría su cabeza un birrete dorado, y le envolvía completamente un manto rojo.

Las guedejas negras y rizadas de su larga cabellera cuadraban su semblante completamente afeitado, haciendo resaltar su blancura mate.

En ambos personajes estaba perfectamente acusado el rudo y bravío tipo aragonés, cuya acentuación es tal que no puede confundirse con ningún otro.

Entrambos permanecían en silencio.

Entrambos fijaban una mirada inmóvil y profunda en aquel ajimez de la gran torre del alcázar, iluminado turbiamente, como ya hemos dicho, por una luz del interior.

* *

¿Por qué fijaban su mirada de una manera tan intensa aquellos dos hombres en aquel ajimez?

¿Qué esperaban?

¿Quién velaba ó quién dormía en la cámara que debía existir tras aquel ajimez?

Nosotros podemos saberlo penetrando en aquella cámara.

Penetremos

* *

Nos encontraremos en un apartamento no muy extenso, pero admirable por las ricas labores de su friso, de su bóveda, de sus adornos; por su bella tapicería, por su cuero de Córdoba recamado que cubría las paredes, por su admirable mueblaje de roble tallado gótico-bizantino.

De una parte se veía frente á la ventana un reclinatorio, y sobre él una imagen de oro pequeña, como de una tercia de altura, de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

Un dosete de brocado rojo y oro cubría esta imagen, de una labor ruda.

Copia exacta, en fin, de la que, en piedra, se venera aún en la basilica del Pilar.

Una lámpara de plata alumbraba esta imagen, y su luz era la que se reflejaba en las vidrieras de colores del ajimez.

En el muro situado á la izquierda de la puerta de entrada, puerta de roble ornamentada, que aparecía cerrada, había una gran chimenea gótico-bizantina de mármol blanco formando un dosel y dejando ver en su coronamiento las cinco barras de sangre de Aragón.

En el fondo de aquella chimenea se requetaba humeando un tronco de encina.

* *

Arrodillada sobre los almohadones que estaban al pie del reclinatorio se veía una dama como de veintidos años, simplemente vestida con una túnica de lana blanca.

Debemos advertir á nuestros lectores que en aquellos tiempos la lana blanca representaba el luto riguroso.

Esta joven tenía la cabeza de una forma excesivamente graciosa; la garganta larga, mórbida, voluptuosa, nacarada; los hombros curvos y amplios; el tallo largo y esbel-

to; amplias las formas que desde el talle cubría la túnica; y por bajo de las anchas mangas perdidas se dejaban ver los brazos de una forma admirable, terminados por unas pequeñas y deliciosas manos que se cruzaban sobre el seno de la joven, que tenía inclinada la cabeza en actitud de orar.

Dos largas y anchas trenzas rubias caían á lo largo del cuerpo de esta criatura, que con su luto, su actitud y sus lágrimas dejaba sentir esa emoción punzante que produce la desventura y el dolor.

* *

De tiempo en tiempo levantaba la cabeza, y sus grandes ojos azules, magníficos, fijaban una mirada ansiosa, una mirada que representaba una súplica infinita en Nuestra Señora del Pilar.

Siempre despues de esta mirada, en que aparecía á un tiempo la desesperación y la fe, la cabeza de la joven se volvía hacia un cercano ángulo donde había una cuna en que dormía sonriendo un hermoso niño como de cuatro años.

La joven se levantaba entónces, llegaba á la cuna, se arrodillaba junto á ella, crecía su llanto silencioso, se estremecía, besaba levemente al niño para no despertarle, se levantaba, se ponía otra vez delante de la Virgen, extendía hacia ella los brazos y volvía á caer de rodillas.

* *

Poco despues de la media noche, la joven se levantó de improviso de una manera nerviosa y quedó de pie mirando á la puerta con los puños crispados, la cabeza erguida y altiva, los ojos centellantes, y estremecida, no de miedo, sino de cólera.

Había sonado en la puerta el áspero ruido de una llave.

Este ruido se repitió por tres veces; lo que quiere decir que aquella puerta estaba asegurada por tres cerraduras, ó lo que es lo mismo, que aquella cámara era una prision.

Se abrió la puerta y entró un hombre rudo, descubierta la cabeza, que aparecía orlada de una áspera cabellera, densamente moreno, sombrío, y de mirada torva.

Llevaba un sayo estrecho pardo con mangas perdidas que se prolongaba hasta su rodilla; calzas azules de lana, zapato fuerte á manera de borceguies, y á la cintura, sujeto por un cordón de cuero crudo de toro, un largo puñal.

Traía en las manos una bandeja cubierta por un paño de púrpura, y en ella una copa de oro.

* *

Este hombre, que á nada se parecía tanto como á un verdugo, no había entrado solo.

Inmediatamente detras de él había aparecido un monje completamente cubierta la cabeza por un capuz negro, bajo el cual sólo aparecía la extremidad de su barba blanca, y un hombrecillo de fisonomía mezquina y astuta, calvo, con unos escasos mechones de cabellos entrecanos, y cubierto con un manto pardo.

Tenía en la una mano su caperuza y en la otra un pergamino enrollado.

No eran estas las solas personas que habían aparecido.

Al otro lado de la puerta se veían dos pajes de corte, ricamente vestidos, con hachas encendidas en la mano.

Detras de ellos, un capitán de almogavares con la espada desnuda, y tras el capitán dos hileras de almogavares que se perdían en las sombras, con sus rudos y ligeros arneses, sus relucientes escudos, sus calzas azules y sus abarcas sujetas por ligamentos de cuero, y las ballestas al hombro.

* *

Inmediatamente que hubieron entrado el de la copa, el monje y el del rollo de pergamino, otra persona, que aún no hemos citado, persona humilde, que parecía carcelero, cerró la puerta.

—¿Qué quereis?—dijo entonces la jóven.

—Señora reina, —contestó con una voz sepulcral el monje; —es necesario os resignéis a la voluntad de Dios; ha llegado la hora.

—Sí, la hora del crimen, —contestó la llamada reina. —Y bien, abreviemos.

—Yo suplico á vuestra señoría, —dijo el hombre calvo desarrollando un pergamino, —oiga la sentencia que se ha servido pronunciar el muy alto, muy poderoso y muy temido rey de Aragón, nuestro señor, don Pedro IV.

—Basta, basta, ni una palabra más, —dijo con altivez la reina, que contenía su voz; —pero hablad bajo, que no despierte mi hijo, que no vea morir á su madre. Lleváoslo. Oid, señor, —añadió la reina acercándose al monje y asiéndole las manos; —vos sois un sacerdote, vos venis aquí porque os han dicho que es necesario auxiliar á un moribundo; yo no creo que quieran también matar á mi hijo, á mi pobre hijo.... No, no, eso sería horrible; yo os lo entrego, señor, yo os lo entrego. Oidlo vos, escribano, y vos, ejecutor de las venganzas del rey; yo entrego á este varón de Dios el infante mi hijo; protegédle, señor, protegédle; y si no podeis protegerle, rogad por él.

El monje sacó una mano de debajo de su túnica.

Asió una mano de la reina.

La llevó al ángulo de la cámara más apartado del escribano y del verdugo.

Se sentó en un sillón, y dijo en voz alta á la reina:

—Arrodillaos, señora.

La reina se arrodilló.

—Nada temas, —la dijo muy bajo una voz de una entonación harto diferente de la del anterior; —silencio y valor; bebe esa copa; espera, espéralo todo; Dios nos protege en esta suprema amargura; Dios no quiere que sucumbamos á la infamia y al crimen.

La reina se estremeció poderosamente.

—¡Ah! ¡tú! —exclamó; —¡tú aquí! ¡cómo!

—Silencio, que no se aperciban, que no crean que nos ocupamos de otra cosa que de tu confesion.

—¡Oh! ¡el infame! —exclamó la reina.

—Silencio, concluyamos, —exclamó el monje; —un incidente cualquiera puede comprometerlo todo.

Y poniendo una mano sobre la cabeza inclinada de la reina, la bendijo con la otra.

Luego se alzarón.

El monje la llevó de la mano hasta el centro de la cámara y continuó junto á ella.

—Estoy dispuesta, —dijo la reina; —pero oid, —añadió dirigiéndose al escribano: —decid al rey, nuestro señor, que yo le perdono, á condición de que use de misericordia con mi pobre hijo.

—Se lo diré, señora, —contestó profundamente conmovido el escribano, porque aquello era para enternecer á una piedra.

—Y vos, padre mío, —añadió la reina, —haced cuanto podais por mi hijo el infante, y rogad por mí.

Dichas estas palabras tomó con mano firme la copa, y sin estremecerse, apuró su contenido.

Volvió á dejar la copa en la bandeja y dijo: —Dejadme ahora morir en paz.

El verdugo se volvió, empujó la puerta con el pie, la abrió y salió.

El monje y el escribano le siguieron.

Apénas estuvieron fuera, la puerta volvió á cerrarse.

Se oyó por tres veces el estridente crujir de las llaves en las cerraduras.

Luego un sordo rumor de pasos de muchos hombres que se alejaban.

Por fin nada.

La jóven reina se volvió entonces.

Avanzó lentamente hacia la cuna de su hijo.

Llegó, se arrodilló, miró al niño que dormía aún, sonriendo siempre, inclinó hacia él la cabeza y la retiró.

Sin duda tuvo miedo de que su beso, por leve que fuese, le despertase.

Continuó algun tiempo contemplándole de una manera inmensa.

Luégo se levantó y fué á prosternarse ante la imagen de Nuestra Señora del Pilar.

CAPÍTULO II.

Continúa el misterio.

Entretanto, permanecía bajo uno de los arcos del puente Real, y en la sombra, la barca.

Los dos personajes que en ella estaban continuaban mirando, de una manera intensa, el ajimez iluminado.

—¡Ah! por fin, —dijo el que estaba sentado.

Y se puso de pie.

Se habían abierto las vidrieras del ajimez, y en su alfeizar había aparecido una luz.

—Adelante, —exclamó el jóven del traje oscuro.

El remero que estaba á proa bogó.

La lancha avanzó, primero lentamente, luego con rapidez.

Llegó hasta frente del torreón.

Torció á la izquierda, metiéndose por un canal que servía para alimentar los fosos del alcázar.

Pasó bajo un puentecillo.

Entró luego en el foso y se detuvo al pie del torreón, debajo del ajimez.

El caballero jóven palpó el muro y encontró una escalera.

Se asió á ella y empezó á trepar, dando muestras de una gran fuerza y de una gran agilidad.

La altura era formidable.

Sin embargo, el jóven caballero trepó de una manera segura hasta la ventana y saltó dentro de la cámara.

La jóven reina estaba inmóvil, por tierra, inerte, como muerta.

De la cuna había desaparecido el niño.

La puerta estaba cerrada.

El jóven caballero se inclinó y miró con afán á la reina.

Luégo la besó en la boca y se retiró violentamente como si aquel beso le hubiera dado horror.

Había encontrado la boca de la reina fría, como la de una estatua de mármol.

Luégo, como si un poder superior le hubiese dominado, lanzó una mirada cobarde, aterrada, en la imagen de Nuestra Señora del Pilar.

Su mirada atónita permaneció por algun tiempo fija en la Virgen.

Hizo al fin un movimiento de decision desesperada, se fué á la ventana, quitó de su alfeizar la lámpara de mano que en él había, la apagó y la arrojó al foso.

Fué luego al reclinatorio.

Apagó la lámpara que ante la Virgen ardía y no quedó en la cámara más luz que la levisima, la indecisa del espacio iluminado por la luna que penetraba por el ajimez.

A causa de ella, se veía de una manera indecisa, por su blancura, el bulto informe de la reina.

El caballero se acercó á ella, la levantó con suma facilidad, la cargó sobre sí, la llevó al ajimez, la afianzó fuertemente por el tallo, subió al alfeizar, ganó por fuera la escalera y, con su carga, descendió lentamente hasta llegar á la barca.

Una vez en ella, la barca vogó de nuevo.

Ganó otra vez el río.

Avanzó y se perdió en la sombra del mismo arco del puente tras el cual había estado oculto.

La escalera quedó pendiente del ajimez, sobre el foso, en el cual se hundía.

Al día siguiente, mosen Pierres de Aslor, alcaide del real alcázar de la Aljafería, dió parte temblando al rey don Pedro IV de que la ilustre prisionera de la torre del Homenaje se había fugado con su hijo por el ajimez, del cual habia quedado pendiente una escalera.

El rey prendió al alcaide y envió por todas partes corredores para que buscasen á la fugitiva.

Aquella noticia conmovió profundamente á la corte.

¿Quién habia podido librar á la reina doña Constanza?

¿Quién se habia atrevido, de una manera tan audaz, al furor de don Pedro?

Este se mostraba hosco, atrabiliario, terrible.

Sus cortesanos temblaban.

Pierres de Aslor habia sido sepultado en un calabozo y cargado de cadenas.

Pasaban los días, y el rey enviaba corredores y más corredores en busca de la fugitiva.

Esto demostraba que la ejecucion de la reina doña Constanza habia sido secreta, dado que nadie tenia noticia de ella.

Así, pues, el rey tenia un verdugo y unos esbirros secretos para sus altos asuntos de Estado.

Por otra parte, el rey aparecía irritado, contrariado, terrible.

Parecía como que se habia olvidado de sus guerras.

Ni él ni sus bravios almogavares se movían de Zaragoza.

Pero todas las noches, al mediar, el rey abandonaba secretamente su cámara con el personaje del cual le hemos visto acompañado la noche en que tuvieron lugar los acontecimientos referidos en el capítulo anterior.

Los dos salían por un postigo del alcázar, atravesando un pequeño puente levadizo, á la ribera, y entraban en una barca que avanzaba y se perdía al fin bajo uno de los arcos del puente real.

CAPÍTULO III.

Ra que se trata de una tropa de peregrinos que hubieran podido parecer sospechosos si los hubiera visto el rey don Pedro.

Habia, por aquellos tiempos, en la calle de Santa Engracia, cerca del Coso, en el mismo terreno donde ahora está el Hospital de locos, una de aquellas grandes hospederías de la Edad Media, donde iban á parar los peregrinos que de extraña tierra venían á España á la peregrinacion de Santiago de Compostela.

Singularmente, todos los que entraban de la parte de Francia por el Rosellon iban á parar á Zaragoza.

Aquellos eran tiempos de fe, y los romeros del santo Apóstol de todas las naciones, de todas las clases y condiciones abundaban.

Era muy frecuente que bajo la burda esclavina, cargada de conchas y ennoblecida por la cruz de Santiago, y bajo el ancho sombrero, también guarnecido de conchas, se ocultasen un príncipe, una princesa, ó tal vez un rey ó una reina, que venían desde muy lejos, y encubiertos, á cumplir un voto.

En estos casos, un antifaz ocultaba el semblante del peregrino.

Nadie se metía en obligarlos á descubrirse, ni habia ley ni ordenanza en el fuero de Aragón que determinase tal cosa.

El incógnito de los peregrinos, y el del que no lo era, se respetaba, porque generalmente se creía que estos incógnitos representaban un voto.

Y en aquellos tiempos de fe, lo repetimos, todo lo que pertenecía á la fe era sagrado.

Por aquellos días, el rey don Pedro IV, como ya lo hemos indicado, andaba en guerra con medio mundo, y tenía henchida de almogavares, de ballesteros de la montaña, de caballeros del reino y de aventureros, á Zaragoza.

(Se continuará.)

EL NAUFRAGIO.

I

En el año de 1836, un día de Febrero, no recuerdo cuál, puse el pie en el bergantín inglés *Jhonson*, que se mecía en la bahía de Cádiz hacia algunas semanas haciendo cargamento para las Indias Orientales. Era mi objeto visitar en él á un amigo mío procedente de Londres que marchaba á Bombay.

Yo siempre había tenido deseo de viajar por Asia, capricho que podía satisfacer en aquella ocasión, y quise acompañar á mi amigo. El me ayudó cuanto pudo por aferrarme á esta idea, y como el *Jhonson* se iba á dar á la vela á los dos días, hice trasladar mi equipaje á bordo sin pérdida de tiempo, y cuando pensaba arrepentirme de aquella ligereza, iba el bergantín á la altura del Estrecho de Gibraltar.

Fué ya irremediable la expedición, de la que me ofreció mi amigo volveríamos á los dos años, luego que él cobrase en el Indostan una pingüe herencia que le pertenecía; y yo suspirando por España, á la que siempre he querido como á una madre, hice de tripas corazón, y conocí que lo mejor era conformarse.

La navegación se presentó feliz; hicimos agua en Tenerife y volvimos á emprender nuestro derrotero.

Un día bogábamos por los 8° de latitud Sur á eso de las dos de la tarde, cuando nos sorprendió una calma tan *chicha*, como se llama terminantemente, que ni un soplo de viento hinchaba las velas.

El capitán, que conocía el funesto presagio de aquella calma, ordenó cuantas maniobras juzgó oportunas, diciendo con una completa seguridad:

—Es un huracán de los trópicos, y de los buenos.... Preparaos, que se nos echa encima.

Poco á poco se cubrió el cielo de rojizos vapores; perdieron las olas su transparencia; oyóse hacia el Norte un ruido prolongado, y vióse por último avanzar una ola gigantesca precedida de cien torbellinos de espuma.

No trataré de describiros los pormenores de aquel huracán, y sólo os diré que arrastrados por las desencadenadas olas bogamos durante el resto del día sin dirección fija, aunque siempre impelidos al Sur, perdiendo dos hombres y casi toda la arboladura.

Estábamos en un inminente peligro si el huracán no calmaba.

Así lo dijo el piloto al capitán.

—Tierra á estribor, gritó por último el vigía del tope mayor.

En efecto, á nuestra derecha se descubría en la agonizante luz de la tarde una isla negra de colosales dimensiones que salía como á una milla de distancia, de entre las olas espumeantes.

Procuramos acercarnos á ella, pero fué en vano.

A las dos de la noche calmó el viento, pero siguió una fuerte marejada que nos impedía aproximarnos á los difíciles surgideros de aquella tierra.

Todo el resto de la noche lo pasamos en derredor de aquel gigante de los mares, hídrico colosal que alzaba al cielo cien deformes cabezas.

¿Cuál era el nombre de aquella tierra donde nos echaba la tempestad?

Los marineros se lo decían unos á otros con respeto y espanto.

¡Era la isla de Santa Elena!

II

Al amanecer cesó la marejada; las aguas recobraron su tersura y reflejaron los resplandores de las últimas estrellas y el primer albor de la mañana.

Rasgóse el velo de la noche, y la isla apareció á nuestra vista como un panorama melancólico, á la par risueño y triste.

El pico de Diana, el más elevado de los de Santa Elena, aún envolvía su cúspide en la niebla; debajo de él se distinguía la ciudad de James Town, en medio de un pintoresco valle, y acariciada por las ondas de plata de un río que bajaba á morir al Océano.

Inmediatamente saltamos á tierra con el objeto de salvar algún cargamento, pues el bergantín hacia agua por varias partes; pero sólo se libró una pequeña parte de él, y el bergantín *Jhonson* se hundió en los mares.

Mi primer pensamiento al hallarme por tan funesta casualidad en la isla que había ocupado por seis años la atención de Europa, y que era hacia tres lustros objeto de los suspiros de muchas naciones, mi primer idea, digo, fué pedir permiso al gobernador para visitar el sepulcro de Napoleon.

Obtenida la licencia que pedí para mí sólo, pues quería darle nueva tristeza á mi excursión no llevando compañía alguna, esperé al día siguiente para ir á saludar las cenizas del capitán del siglo XIX.

III

Monté á caballo al amanecer, y después de tomar las señas del camino, me dirigí al centro de la isla, y al cabo de una hora me encontré en la llanura de Longwood, al pie del pico de Diana.

Entonces distinguí á lo lejos una calle de árboles.

Mi corazón tembló de entusiasmo ó de respeto.

Me apeé del caballo, lo até á un arbusto y proseguí mi camino.

Penetré en una larga alameda de geranios en flor, cuyo aroma perfuma la entrada de aquel recinto.

Al fin de aquella calle había una verja de madera pintada de verde, que encerraba un espacio como de media fanega de tierra toda cubierta de césped. En el centro de aquella elipse había otra verja de hierro de tres varas de largo por dos de anchura.

En este pequeño espacio estaban plantados cinco florones y dos alberchigos chinos que besaban con sus ramas la losa funeral, compuesta de tres trozos de mármol.

Encima de ella había un nombre solo, nombre glorioso, apoteosis de la gloria de aquel héroe que reasumía el más elocuente epitafio:

¡NAPOLEON!

Bajé á la bóveda de mármol que encerraba el ataúd de Bonaparte.

Cuatro caballetes elevaban el féretro, que era de caoba.

Yo no tenía autorización para que se abriese aquel féretro, pero el conserje del sepulcro me dijo que debajo de aquella caja había otra de plomo, luego una de hoja de lata, y por último otra de caoba; que el cadáver estaba vestido de uniforme, tenía el sombrero á un lado, y á otro la espada que llevó en Austerlitz.

Yo permanecí largo tiempo en aquella mansion.

Toda la historia de los imperios, el destino de la humanidad, el humo de la gloria, todo cruzó por mi frente en tumultuoso remolino. Pensé en aquellos días de embriagador triunfo que habían hecho latir de esperanza, de orgullo y alegría á aquel corazón muerto. Recordé al joven héroe de las Pirámides, al caudillo de la campaña de Italia, al hombre extraordinario que habitó las Tullerías, al

soldado que estrechó la mano de los soldados y de los emperadores.... Medí con asombro la altura de aquellas ideas, de aquellos proyectos colosales que tenían por teatro á todo el universo, y luego miré alrededor de mí.

La soledad, el silencio, el abandono. A miles de leguas de su patria, desterrado de Europa; proscripto, injuriado por la estupidez de un infame carcelero; luego espirante, lloroso, abandonado; después muerto, encadenado en un peñón solitario, rodeado por el mar, encerrado en una isla volcánica.

Así consideré á Napoleon.

Lloré y maldije las ilusiones de esta vida; sentí un desprecio profundo hacia la gloria popular, esa aura pasajera, versátil que tantas ingratitudes comete. Lloré, besé la tumba del grande hombre, y abandoné aquel sitio con el corazón despedazado.

Cerca del monumento murmuraba una fuentejilla de cristalina corriente, donde iba todos los días el prisionero á mitigar la sed y la fiebre que le consumía.

El eligió aquel lugar para su descanso. Desahugué allí mi alma y volví á la ciudad á la caída de la tarde.

IV

El capitán del *Jhonson* se volvió á Europa desde Santa Elena en un buque holandés; yo le acompañé, así como mi amigo. Ellos á rehacer su cargamento y á fletar otro buque; yo arrepentido de ir á la India.

Llegamos á Europa felizmente y en pocos días.

Cuatro años después, el de 1840, reclamó la Francia las cenizas de Napoleon y las hizo trasportar á los Inválidos, donde duerme en un suntuoso mausoleo.

¡Ovación tardía! Su lecho eterno era aquella roca solitaria. ¿Por qué no le dejásteis en él?

Aquel peñón que domina los mares era el único pedestal digno del hombre que dominará en la memoria de los siglos.

HONOR DE ESPOSA

Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Entre sombras.

Las calles de Madrid estaban solitarias y oscuras, porque ya habían dado las once y media de la noche del 7 de Noviembre de 1760.

El frío era intenso.

Envuelto en la sombra, con pasos silenciosos como un fantasma, deslizóse un bulto por la calle de las Beatas, volviendo luego á la izquierda y tomando por la travesía del mismo nombre.

La luz rojiza, moribunda y vacilante de un mugriento farolillo que había por casualidad, ó más bien por excepción, en la primera de dichas calles, permitió ver que el bulto era un hombre, envuelto en ancha y larguísima capa y cubierta su cabeza con sombrero de alas no menos anchísimas, según se usaba entonces por la gente del pueblo y aun por los hidalgos que no gozaban de cierta fortuna ó no podían por su clase seguir ciertas modas y gastar ciertos adornos.

Poco tiempo después debía el ministro Esquilache intentar, sobre este punto, una reforma que había de costarle caer de su elevado puesto y había de costar también mucha sangre al buen pueblo de Madrid.

Como íbamos diciendo, el hombre de la capa se metió por la travesía, tomando allí también por la acera izquierda y deteniéndose junto á la tapia de un huerto ó jardín que ya no existe.

Por algunos minutos quedó inmóvil como si escuchase.

Luégo volvió la cabeza á uno y otro lado.

No había duda que observaba, por temor de que lo viese algun vecino curioso, pues la curiosidad ha sido una de las desdichas de todos los tiempos, y ha de serlo hasta la consumacion de los siglos.

Empero no había puerta, ventana ó balcón que cerrado no estuviese, y ni siquiera por las rendijas escapábase un débil rayo de luz.

Allí los vecinos no se habían cuidado de poner luces, si bien es verdad que, excepto una casa, las demás estaban hechas á la malicia, y sus habitantes no tenían la obligacion de iluminar la calle.

Convencido de que nadie lo observaba, el embozado sacó una llave, la introdujo cuidadosamente en la cerradura de una puertecilla que en la tapia había, y no menos cuidadosamente la hizo girar y abrió sin producir el más leve ruido.

Quiso en aquellos momentos el astro de la noche lucir su redonda y nacarada faz, enviando á la tierra sus argentados resplendores.

No era esto poca fortuna para los habitantes de la coronada villa; pero á los que se ocupaban en cierta clase de intrigas debió parecerles testigo importuno, aunque reservado, pues no hay noticia de que la luna haya revelado ninguno de los secretos que conoce.

Penetró el embozado en un jardín, volviendo á cerrar.

Allí los árboles proyectaban grandes sombras, pero había también sitios perfectamente iluminados por los resplandores de la luna.

Cuando cerró, dió dos ó tres pasos y se detuvo para escuchar otra vez.

Habiase bajado el embozo de su capa, que no parecía ser de paño muy fino.

Aunque no muy bien, pudo verse un rostro aguileño, de varonil belleza, expresivo, con labios entreabiertos, con frente despejada, con ojos grandes, rasgados y negros, con pupilas brillaban con el fuego de una alma impetuosa y ardiente.

El jóven, puesto que ya hemos visto que lo era, parecía profundamente agitado; pero su agitacion no debía reconocer por causa el miedo.

¿Era uno de los moradores de la gran casa que se levantaba al fondo del jardín y que tenía su entrada principal por la calle Ancha de San Bernardo?

El modesto ropaje del mancebo hacia desde luégo comprender que no era uno de los habitantes de aquella morada suntuosa, á menos que allí representara el papel de un criado, si bien en su semblante no había ese sello de humildad que distingue á los que desde su niñez se han visto obligados á aceptar el yugo de la servidumbre.

¿Era algun personaje disfrazado?

¿Era un pobre que no tenía más fortuna que su audacia, que no contaba con más ayuda que la de su ingenio?

Desd luego podemos decir que no era un ladrón.

Levantáronse sus negros ojos, y su mirada se fijó ansiosamente en una ventana, á través de cuyos vidrios y cortinas escapábase una débil claridad.

Un suspiro lánguido se escapó del pecho palpitante del mancebo.

Sus pupilas brillaron con mayor intensidad.

Movieronse sus labios, y con dulce acento murmuró:

— ¡María!

Ya no es difícil adivinar por qué el jóven de la lengua capa se había introducido allí,

y por qué tenía una llave sin habitar en aquella casa.

Satisfecho debía estar de su fortuna aquella noche, porque de satisfaccion fué la leve sonrisa que hizo cambiar la expresion de su rostro.

Tampoco allí se percibía otro ruido que el monótono del liquido cristal que bullia en una fuente.

Esto pareció tranquilizar al mancebo, porque sin vacilar adelantó hacia el centro del jardín.

Ahogábase el ruido de sus pasos en el blando piso....

Perdona, lector; pero en vez de seguir al que suponemos enamorado, tenemos que penetrar en el interior de la casa y dar á conocer á otros personajes que en la presente historia representan un papel de muchísima importancia:

Dejando atras escaleras, pasillos, galerías y habitaciones, amuebladas todas con riqueza, aunque con severidad, entraremos en un gabinete iluminado por la luz de una bujía.

En el hueco de una ventana, en pie y medio oculta por una cortina de damasco azul, había una mujer, una jóven, una niña....

Era un querubín con humana forma.

Su talle esbelto dibujábase confusamente entre los pliegues y repliegues de una bata de cachemir verde muy oscuro.

Su cabellera desordenada esparciase sobre su espalda y sus hombros, y podía verse que era rubia, porque habían desaparecido casi en su totalidad los blancos polvos que exigía la moda de aquel tiempo.

Antes de verle el rostro hemos dicho que la jóven era un querubín.

Pronto sabremos si nos hemos equivocado.

Inmóvil como una estatua permaneció en aquel sitio, mirando á través de la vidriera como si se gozase en contemplar las sombras de extraños contornos que proyectaban los arbustos, los enverjados, las fuentes y cuanto en el jardín había.

Repentinamente se estremeció.

— ¡Es el! — murmuró.

Separóse de la ventana, volvióse, y la luz dió de lleno en su rostro.

Si hay rostros que puedan calificarse de hechiceros, es uno el de la jóven de la blonda cabellera.

Bajo sus cejas, admirablemente delineadas, brillaban sus grandes ojos de un azul purísimo y de mirada dulce y melancólica.

Nada es comparable al delicado dibujo de sus facciones, á su nitida blancura y al gracioso corte de su boca, de sus rojos y frescos labios, mal encubridores de blancas perlas.

También el pecho virginal de la encantadora niña dejó escapar un suspiro y se levantaba á impulsos de una respiracion demasiado violenta.

Cuando se separó de la ventana acababa de entrar el mancebo en el jardín.

La bellísima jóven dió algunos pasos, llegó hasta la puerta del aposento, detúvose y escuchó anhelante.

Nada vió ni oyó que le infundiese temores.

Salió, y á los pocos momentos desapareció entre las tinieblas de un pasillo.

Tampoco á ella la seguiremos, sino que penetrando en otra habitacion, igualmente iluminada por la luz de una bujía, veremos dos hombres, que estaban en pie, inmóviles y silenciosos.

Encontrábase uno de ellos en el hueco de una ventana, y lo mismo que la encantadora niña, miraba al jardín.

Era de elevada estatura y enjuto de carnes.

Cubria su cuerpo una bata de color muy oscuro, resaltando así más su cabeza completamente calva en la parte superior y con algunos mechones de blancos cabellos en la posterior y á los lados.

Durante el día no hubiéramos podido ver la calvicie de este personaje, porque la ocultaba la peluca de grandes bucles que en

aquella época usaban las personas de elevada clase.

El otro estaba vestido muy modestamente y de paño de color verde oscuro.

Parecia frisar en los cuarenta, era de regular estatura y de formas musculares.

Bajo sus negras y espesas cejas brillaban sus ojos pequeños, redondos y de penetrante mirada.

Su actitud era respetuosa, como debe ser la del criado en presencia de su señor.

Sobre una mesa había un par de pistolas, una espada desnuda y una linterna sorda.

Al mismo tiempo que la jóven se estremecía, el caballero dejaba escapar un sordo rugido, y volviéndose y apretando los puños con fuerza convulsiva, exclamó:

— ¡Oh!... cara ha de costarle su osadía.

Su enjuto rostro, surcado de arrugas, contrájose violentamente y se tornó lívido.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

Dió un paso, cogió las pistolas, las amartilló, y con acento breve dijo á su criado:

— ¡Vamos!

Ya debía haber recibido minuciosas instrucciones el sirviente, porque no hizo ninguna pregunta ni pronunció una sola palabra.

Tomó la linterna y la cerró.

Empuñó luégo la espada y siguió al caballero.

Salieron de la habitacion y quedaron envueltos en la oscuridad.

Tan cuidadosamente andaban, que no producian sus pasos el más leve ruido.

Cinco ó seis minutos pasaron.

Silenciosamente giró sobre sus goznes una puerta de la casa que daba al jardín, y aparecieron, primero el señor y luégo el criado.

Dieron algunos pasos y distinguieron un bulto que hacia ellos se dirigia con peligroso descuido.

Era el enamorado jóven.

Al mismo tiempo resonaron una exclamacion de sorpresa y un grito de ira reconcentrada.

Extendió el caballero un brazo para disparar una de sus pistolas, pero al mismo tiempo el jóven retrocedió y se ocultó tras un grupo de rosales.

— ¡Cortale la retirada! — dijo el caballero.

Y el sirviente corrió hasta colocarse junto á la puertecilla de la tapia.

En aquel instante apareció en la otra puerta la jóven; y comprendiendo lo que sucedia, exhaló un grito de terror, cayó de rodillas, cruzó las manos, levantó al cielo los ojos y exclamó con acento de súplica desgarradora:

— ¡Dios misericordioso!

¿Había salvacion para el enamorado mancebo?

No le esperaban reconvencciones ni ultrajes, sino un pistoletazo ó una estocada que lo dejase sin vida.

El caballero estaba en su derecho de matar al que á media noche se introducía en su vivienda, y podía matarlo seguro de la impunidad, con tanto más motivo cuanto era un personaje y el otro un infeliz sin fortuna y hasta de origen dudoso.

CAPÍTULO II.

El pistoletazo.

No puede hacerse comprender el sufrimiento de la encantadora niña, que impotente para salvar al hombre á quien amaba, sin esperanza de ningún auxilio humano, acudia con ciega fe á la misericordia divina.

Apénas se había dejado caer de hinojos, apareció tras ella otra mujer.

Era su doncella, su confidente, su cómplice en aquella intriga de amor.

A la sirviente le bastó una ojeada para apreciar con toda exactitud la horrible situacion en que se encontraban los jóvenes enamorados, y muy particularmente el man-

cebo, á quien la muerte le amenazaba tan de cerca.

Era el caballero uno de esos hombres severos hasta la crueldad, intransigentes hasta lo inconcebible, verdaderamente implacable.

Suplicarle hubiera sido equivalente á encender más y más su ira. Había jurado matar al mancebo, y lo mataría siquiera fuese por cumplir su juramento.

La doncella comprendió que permanecer allí no podía dar ningún buen resultado. Iba á tener lugar una escena horrorosa, y quiso evitar que la presenciase la sensible jóven.

Inclinóse, pues, la sirvienta, asió por un brazo á su jóven señora y le dijo con voz concentrada:

—Venid, venid.

Maria no respondió.

Parecía haberse petrificado.

Sus magníficos ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, tenían la mirada fija en el caballero.

—No podeis socorrerlo, —añadió la doncella; —ya que se pierda su vida, que se salve al menos vuestro decoro. ¿Qué sucederá si vuestro padre os encuentra aquí?... Levantaos, venid que aún es tiempo.... ¡Oh!....

Tampoco entonces se movió Maria.

Entretanto el caballero andaba de un lado para otro en busca del atrevido amante.

Y éste iba y venia, procurando ocultarse para evitar la terrible acometida.

Más de una vez el anciano vió al mancebo; pero como éste desaparecía inmediatamente entre los árboles, no pudo aquel disparar sus pistolas.

El criado permanecía junto al postigo con la espada en la mano y firmemente resuelto á cumplir las terribles ordenes de su señor.

La paciencia de éste se apuraba.

Habían pasado cinco minutos que le parecían cinco siglos.

Y cinco siglos de agonía espantosa habían sido también para la hechicera rubia.

¿Comprendía el jóven toda la gravedad de su situación?

(Se continuará.)

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

La poesía americana se hace notar por su sabor y tendencia lírica, con algunas reminiscencias clásicas, cuando evoca el recuerdo de la madre patria.

Los gauchos (paisanos del campo) improvisan con mucha facilidad. El *cielito* es el cántico más apropiado á su carácter, cantándole con una efusión sentida, como cuando dicen:

Cielito del alma mía,

Cielito del corazón;

Anda, preguntale á Urquiza,

Quién hizo la quemazon.

Urquiza fué el que destruyó el poder del dictador Rosas, muriendo despues asesinado por una pandilla de ambiciosos.

Hay un diálogo en la República oriental, entre Chano y Contreras, que si bien formulado por un poeta literato, el asunto es genuinamente popular: se cree que esta poesia es de Figueroa ó de Ascasubi.

Hélo aquí:

Diálogo entre los gauchos netos

Chano y Contreras.

CHANO. ¿Diande diablo sale, amigo?

Desencillo el mancarrón.

¿Pero Cristo, si es tra buco!

¿Cómo está, señó Ramon?

Contr. Lindamente.

CHANO. ¿Y se vino de un tiron?

Contr. En verdá, estaba de balde,

y le dije á Salvador:

anda, tráeme el azulejo,

y apretámele el sinchon,

porque voy á platicar

con el paisano Ramon.

Mesmamente así sucedió:

y en cuanto el sol se dentró,

cogí el camino y me vine,

cuando en esto se asustó

el pingo, porque el poncho

las verijas le tocó.

¿Qué sosegarse este diablo!

á veyaquiar se agachó,

y conmigo á unos sanjones

derechito enderezo.

Puse el corazon en Dios,

y en la viuda, y me tendí;

cuando el pingo, ¡la gran Pá! ...

como quien los soltó;

así es que está parejo,

que á toíticos da temor.

¡El pucha! pero si es liendre,

y en cualquiera bagualon,

mientras se culienta el agua

echemos un cimarrón:

¿qué novedades se corren?

Contr. ¿Novedades! ¿qué sé yo?

ninguno acierta

á qué lado caerá el dos.

Allá en la patria primera,

Contreras se presentó

con tuititos sus hijos:

¿será la patria de hoy día?

¿alcanceme un cimarrón!

Esta clase de diálogos, trasladados al papel con trabajosas formas, tienen á veces una intencion muy preconcebida y censuran defectos, que de otro modo quizás sería difícil censurar sin temor de una repulsa.

Dice Chamfort, que toda idea política, toda conveniencia recibida, es una necesidad, puesto que la ha aceptado el mayor número de hombres. Esta verdad se traduce más que nada por la forma popular de las tradiciones y cantos vulgares, sin que la misma profundidad sofística atribuida á Rochefoucauld, La Bruyère, Campanella y Maquiavelo sea capaz de destruirla.

Llámanse *tristes* en América á unos cantos sentidos y apasionados, que conmueven é interesan sobremanera. Nunca olvidaremos los siguientes, que hemos oído cantar en Entre-ríos á un gaucho muy inteligente, acompañándose delicadamente en la guitarra:

¿Dónde te partes, dulces mi enemigo,
Que nunca te afliges con ir y volverte?
Si es bien que no quieras llevarme contigo,
Mis ojos por eso no habrán de perderte.

¿Tan mal te agasajo, dulce pensamiento,
Que donde naciste tan pronto te partes?
Y al cabo, ¿qué alcanzas en tu movimiento,
Si el bien me lo robas y el mal me repartes?

¿Qué buscas, venturas, probando rigores,
En todas regiones que pisan tus pasos?
¿No sabes, no lloras, que son los amores,
Comenzando largos, acabando escensos?

Antes del peligro, saber ser osado,
Inculca constancia noble, alto desprecio;
Mas despues de visto seguirle obstinado,
En vez de obstinado, empresa es de necio.

También en Río Janeiro hemos oído á un argentino acompañarse al piano con los siguientes versos:

Yo amé á una niña hechicera,
Más pura y bella que un serafín,
Que fué la ilusión primera
De los amores que yo sentí.

Pelo de oro fino,
Frente morena,
Lindo sonreír;
Figura hermosa,
Boca de rosa,
A medio abrir:
Tú eres la imágen
De un serafín.

Gentil como la palmera,
De las que crecen en mi país,
¿Cuanto sufro por su rigor,
Y ella no tiene piedad de mí!
¿Qué triste acento! ¿qué triste parto
Del corazón
Del que te ama, gacela mía!
¿No me desdénen, ten compasión!

Los poetas del Plata son altamente sentimentales.

Hé aquí un precioso soneto, obra del malogrado Horacio Varola, en homenaje á la señorita Isabel Alvarez:

¿Qué tienes en los dedos? ¿Son acenso
Mágicas varas de marfil pulido?
¿Qué tienes en los dedos, que sonidos
Producen como brisas del Parnaso?
¿Qué espíritu celeste en cada vaso
De esos que tocas tienes escondido?
¿Qué hay dentro de esas copas? ¿Son el nido
Do nacen hadas de tu dedo al paso?...
Yo no sé lo que son; pero yo siento,
Cuando veo tus manos candorosas
Volar como dos blancas mariposas,
Buscando en cada cáliz alimento;
Siento, Isabel, el alma conmovida
Por algo celestial; —siento otra vida.

(Se continuará.)

LA VERDAD.

Cuento indio.

Un fakir iba andando por el campo entretenido en mirar las hierbecillas de que estaba sembrado. De pronto oyó resonar la tierra bajo sus pasos, y dijo: «Este sitio está hueco y quizá encierre algún tesoro. Si le encuentro me haré hombre de bien.»

El fakir cavó la tierra é hizo una zanja considerable; pero despues de haberse cansado extraordinariamente, sólo halló la boca de un pozo, que quizá hubiera estado cegado durante muchos siglos.

Estaba considerando con tristeza el poco fruto de su trabajo, cuando vió salir del pozo una mujer mojada, transida de frío y desnuda; pero como tenía una belleza deslumbradora, el fakir la miraba con embriaguez, sin pensar el tajarla con su capa.

«¡Oh, tú que eres más hermosa que las hijas de Brahma, la dijo: dime, ¿quién eres y por qué te bañas en ese pozo?» La jóven contestó: «Soy la Verdad.» El fakir perdió el color y echó á correr con toda la velocidad posible, como si un fakir y la verdad no pudiesen existir juntos.

La doncella, al verse abandonada, se dirigió tranquilamente hácia la ciudad. El ver á una mujer que viaja desnuda no parece tan extraño en la India como en otros países menos favorecidos por los ardientes rayos del sol. Pasaron por su lado poetas, mercaderes, sultanes y eunucos.

Al verla decían los poetas: «¡Qué flaca está!» Los mercaderes: «¡Qué tonta parece!» Los sultanes: «¡Qué indiscreta es!» Y los eunucos: «¡Qué triste está!»

Nadie, sin embargo, se ocupó más de ella.

Un cortesano voluptuoso pasó también por su lado; era un ricacho hastiado de placeres á quien sólo le quedaban ya algunos caprichos. Se dignó reparar en que la Verdad tenía el cutis terso y blanco, y la hizo montar en su palanquin.

Apénas se halló sentada la Verdad, cuando vió á la favorita del emperador que se paseaba en un dromedario por órden de los médicos de cámara. «¡Qué cosa más rara, exclamó la Verdad; ¡la sultana favorita tiene la nariz torcida!»

El cortesano tembló al oír esta palabra y se creyó perdido, porque había una ley que prohibía que se hablara, ni bien ni mal, de la nariz de la favorita. Arrojó á la Verdad del palanquin, diciendo: «¡Qué loco he sido al cargar con una charlatana!»

Llegó la Verdad á la puerta de la ciudad, y viendo á un individuo de las castas inferiores, le preguntó dónde podía pasar la noche. Este hombre se la llevó á su casa, figurándose que el hallazgo de aquella jóven tan hermosa iba á hacer su fortuna.

El hombre en cuya casa se había alojado la Verdad había imaginado ganar su vida escribiendo un periódico, en el cual todas las mañanas leían los personajes de la corte elogios de sus mismas acciones; así es que cuando iba á la corte, los esclavos tenían la órden de entregarle los mejores restos de los banquetes.

La residencia de la viajera en su casa trastornó bastante los negocios del pobre diablo. Tenía sólo el redactor el tiempo preciso para escribir su boletín de adulaciones. La Verdad le veía trabajar sin decir una palabra, y despues borraba precisamente todo lo que el redactor había escrito. El boletín faltó dos días seguidos. El visir, picado con estas faltas, y sabiendo además que no había sido recogido por órden de la autoridad, porque estaba siempre libre de este peligro, mandó llamar al periodista, y despues de haberle hecho administrar cincuenta palos, le permitió que se justificara. Lo hizo con elocuencia y logró convencer al visir de las razones que le habían hecho cometer una falta involuntaria; y el visir, dándose por satisfecho, le dejó marchar despues de haberle mandado aplicar otros cien palos.

Este suplemento de palos parecerá extraordinario á los que ignoren lo recto y justo que era el visir. Obró de esta manera porque necesitaba aprovechar el tiempo que durara esta última ejecución para hacer sacar la Verdad de casa del periodista. Si hubiera creído que bastaba el tiempo que había tardado en darle noventa palos, le hubiera perdonado los diez restantes, porque respetaba mucho á sus semejantes. Cuando el visir se halló él solo en posesión de la Verdad, esperó sacar partido de ella contra sus enemigos; pero le anunciaron que el emperador iba á visitarle aquel mismo día en su propio palacio, y teniendo que viese la Verdad, mandó que para bien del público se le diera muerte en aquel momento mismo.

Cuatro emires la colocaron cuidadosamente entre dos cogines de seda ricamente bordados y muy perfumados, y la ahogaron con las mayores precauciones. Despues arrojaron su cuerpo inanimado al paraje más solitario del jardín.

Los hombres poderosos creen que la Verdad ha muerto, porque llegan á sofocarla algún tiempo, pero esto no es cierto; el aire libre la vuelve la vida, y la nuestra resucitó y aprovechó las tinieblas de la noche para evadirse del jardín.

Se refugió en una biblioteca vastísima, en la cual amontonaban los brahminas el talento humano hacia más de cinco mil años. Como la noche estaba algo fría, encendió fuego con algunas hojas de ciertos libros; pero había allí tantas materias inflamables, que se prendió fuego á todos los libros, y la Verdad apénas tuvo el tiempo preciso para salvarse con algunos volúmenes pequeños.

La biblioteca se quemó, y también los bibliotecarios. El emperador fué á admirar el incendio y exclamó con ingenua sonrisa: «A fe mía que es divertido el ver arder una biblioteca.» Su alegría pareció tanto más sin-

cera, cuanto que siempre ha existido en la India una rivalidad secreta entre los emperadores y los libros.

Sin embargo, el visir se apresuró á poner fuera de la ley á su víctima fugitiva. La aurora vió el bando fijado en las esquinas. No debe sorprender esta celeridad, porque en todas las cancellerías del universo hay fórmulas de prescripción prontas siempre contra la desgraciada verdad.

Al amanecer, la desventurada prófuga se hallaba fuera de la ciudad, cerca de una casita modesta y limpia, rodeada de un jardín; era la residencia del juez Pilpay. Entró en ella sin temor, dijo quién era y pidió asilo.

—Me agrada esa franqueza, —dijo el juez, —porque me hace temblar por tu suerte. Si fuera descubiertas, nadie sería capaz de salvarte. Ven, sígueme.—Subieron junto á una especie de galería que formaba el piso segundo de la casa.

Allí se hallaban colocadas por su órden pieles de todas clases de animales, cortezas de todas clases de plantas; las cubiertas, en fin, de toda clase de objetos animados é inanimados. Parecía aquello á primera vista el almacén de un fabulista. Pilpay se lo enseñó todo á la Verdad, y la dijo: «Puesto que no sabes ocultarte ni callarte, bueno será que te disfraces al menos. Puedo hacerte tomar la forma de cualquiera de los objetos que tienes á la vista, y que tú elijas; al instante se animará. Hablarás bajo cualquiera de esas formas, é irás impunemente á echar en cara sus crímenes al mismo visir.»

Aceptado. La Verdad no fué ingrata. El genio de su libertador, inflamado por sus inspiraciones, derramó sabias luces en todo el Indostán. El visir fué destituido, y Pilpay ocupó su lugar. Llegó á una edad muy avanzada en medio de las bendiciones del pueblo, porque en Asia el bálsamo más beneficioso para prolongar la vida es el hábito de la beneficencia.

El ejemplo de su fortuna suscitó una infinidad de imitadores, y los ambiciosos quisieron participar con los filósofos los trabajos del apólogo y la herencia de Pilpay. Pero la Verdad, que penetró sus designios, continuó ocultándose en las obras de los sabios, y entregó los otros al delirio de su imaginación.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

PRIMERA PARTE.

I

El número seis.

Un domingo, el primero del mes de Abril de uno de estos últimos años, cayó precisamente en Pascua de Resurrección.

Este día, alegre por dos conceptos, por la religión que lo celebra y la primavera que lo embellece, tenía, sin embargo, algo de triste y sombrío, en razón á que, según la ley del Estado, debía celebrarse la quinta, ó sea el sorteo de mozos para el reemplazo del ejército.

Más de cien familias tenían de resultados de esto el alma entre los dientes, y más de cien madres hacían promesas de todas formas y de todos estilos para que sus hijos respectivos sacasen un número alto en el próximo y terrible acontecimiento.

El espíritu cristiano que está infiltrado hasta en las acciones más triviales de nuestra vida, servía en esta ocasión para mantener viva la fe y la esperanza en el pecho de tanta mujer atribulada.

El dolor es á veces la más grande de las elocuencias.

Obedeciendo estas mujeres á sus piadosas costumbres, ofrecían ya una vela al Cristo del Humilladero, ya una misa á la Virgen de las Angustias, ya una parte de rosario á las ánimas benditas, y ya en fin una romería á los santuarios más célebres de las inmediaciones para atraerse el favor del cielo, ya que se consideraban abandonadas en la tierra.

Llegaba á tal grado el amoroso afán de aquellas madres, que la noche anterior á la quinta habían hecho tocar al manto de la Virgen del Rosario la ropa que sus hijos habían de ponerse al siguiente día.

Por estos ligeros detalles, nuestros lectores comprenderán la mortal inquietud que reinaba en la mayor parte de la población en donde han de tener lugar las escenas que vamos á describir.

Nosotros, que quisiéramos que todo el mundo fuera soldado, porque nos gusta cuanto emana del ejército, no hubiéramos comprendido aquellos dolores mudos y pasmados, aquellas lágrimas furtivas y aquellos votos fervientes, á no ser que nos hubiésemos convertido en actores de tan íntimo drama.

Aquella mañana de Pascua de Resurrección respiraba alegría; bajaban de los cielos torrentes de luz á través de algunas nubes doradas; brillaban los campos con su precioso manto de terciopelo verde; agitábase las hojas de los árboles al soplo de una brisa perfumada; había aljofar y diamantes debajo de cada mata, sin necesidad de ir á buscarlos ni á Golconda ni al golfo Persico; se encontraba oro en las arenas del río, sin ir por él á San Francisco de California; había conciertos entre el follaje de cada mata, entre la copa de cada árbol, sin ir á saborearlos ni á los jardines del Retiro ni al teatro Real; se notaban acciones novelescas entre las mariposas y otros insectos, sin necesidad de ir á encontrarlas en las inacabables entregas que todos los días se venden á razón de dos, cuatro y ocho cuartos; y por último, se veía la mudanza eterna de las decoraciones del cielo, que siquiera valen algo más que las decoraciones de Ferri y de Lucini, sombreadas de amarillo de la corona, azul de Prusia y bermellón.

Y luego había perfumes capaces de afrentar á Lubin y á Fortis; rumores de fuentes y de arroyos que insultaban á ochenta leguas de distancia á las grutas artificiales del Retiro, antes que viniese á Madrid el viejo y cristallino Lozoya, y un millón de flores espontáneas y magníficas que soltaban sin querer la cargada al saber que en las calles de Madrid se vendían sus compañeras por dos cuartos las más feas, y por un duro y dos las más bonitas.

Pero la primavera era la primavera, y la humanidad era la humanidad.

Verdad es que en aquella mañana la naturaleza reía, pero las gentes lloraban; verdad que todas las campanas entonaban un himno de júbilo porque había resucitado el Señor; pero también es cierto que las madres, las hermanas y las que no eran hermanas de los mozos que iban á sortearse, gemían en silencio por lo que pudiera resultar de allí á pocas horas.

Vamos á localizar los hechos para que á su vista puedan juzgar con más acierto nuestros lectores.

Dos caracteres tiene la población á donde ocurren las escenas de nuestra obra. Uno antiguo, monumental y romántico; otro agreste, áspero y accidentado; por otra se observa la ruda obra de la naturaleza. El antiguo anillo de sus muros ha desaparecido; pero en cambio queda algún que otro torreón que asoma su negra cabeza por entre las construcciones híbridas de épocas posteriores.

La población es una ciudad episcopal. Replegada en el costado meridional de un extenso valle, tiene un carácter caprichoso y pintoresco, por más que parezca en detalle deforme y abigarrado. Tal es Guadix.

Colonia romana en tiempo de Julio César y

sus sucesores; centro de la predicación apostólica por los siete discípulos de Santiago; asiento de preclaros obispos en tiempo de los godos; semicorte de los reyes moros de Granada, y madre de varones insignes y eminentes. Guadix reúne la doble gloria de ser la primera ciudad que abrazó en España el cristianismo y de tener por armas el doble yugo y las flechas de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel.

Pródiga la naturaleza en esta ciudad, tiene al Sur la gigantesca Sierra Nevada, siempre coronada de blancura, y al Norte y Este su hermosa vega, siempre cubierta de verdor.

Por lo tanto, Guadix estaba, como hemos dicho, alegre y resplandeciente, merced á la brillante luz de una mañana de primavera. Desde muy temprano, su elegante plaza, que es un paralelogramo rectangular, valiéndose de la frase de un geógrafo algún tanto antiguo, se iba llenando de gente, interesada toda ella en el triste acontecimiento que debía tener lugar muy en breve.

Es costumbre en estas solemnidades oficiales, y más bien que costumbre es una necesidad, el que los padres vayan al lado de los hijos, en que los amigos caminen juntos con las manos enlazadas, y en que los parientes y los allegados, formando grupos más ó menos numerosos, esperen llenos de ansiedad el terrible instante en que resuene el nombre del mozo que les interesa. En aquel momento no se siente ni el vuelo de una mosca. Los rostros están desencajados. Si el número que se oye es alto, entonces se levanta un clamoreo de alegría y todos se consideran con derecho de dar al pobre mozo un golpe más ó menos fuerte en las espaldas, mientras éste escapa á todo correr para llevar á su familia la feliz nueva; y si por el contrario el número es bajo, entonces los rostros se contraen, y un dolor mudo y profundo se revela en el grupo donde se encuentra el joven que ha tenido la mala suerte de salir soldado.

Tal es el cuadro en su conjunto.

Reunido todo el pueblo en la plaza, se contentaba con mirar silenciosamente las casas consistoriales.

Las casas consistoriales de Guadix, es decir, la casa del comun, la casa del ayuntamiento, es espaciosa, y tiene sobre todo un salon magnífico, aunque pintado de una manera extravagante.

Una reforma moderna ha convertido hoy en salas y oficinas una hermosa galeria superior que formaba una preciosa simetria con otra galeria que hay enfrente. Las que eran arcadas de carácter greco-romano se han convertido en balcones de medio punto, y en uno de estos balcones era donde la apiñada multitud fijaba los ojos.

Allí estaba el oráculo dispuesto á lanzar su fallo. Entre el balcón central y el gran barandaje corrido, que se extiende á lo largo de la fachada, se veía en primer término una mesa cubierta de damasco carmesí; sobre la mesa dos ollas gigantescas, y en la parte interior los funcionarios que habian de asistir al sorteo; esto es, dos niños, uno para sacar los nombres y otro para sacar los números, el secretario de la municipalidad, los regidores y los curas párrocos. El pregonero estaba en el balcón á la izquierda de la mesa.

Las diez sonaban en el reloj de la catedral cuando se presentó por último la autoridad local acompañada de algunos dependientes.

Presentarse y resonar un sordo murmullo en la muchedumbre, fué cosa de un momento.

Era que con la llegada del alcalde iba á principiar el sorteo.



HISTORIA DE UNA PULSERA.—Comprada por capricho (pág. 12).

En efecto, hecha la última operación de rectificar los nombres y contar las bolas, uno de los niños metió la mano en una olla y sacó un nombre; el otro hizo lo mismo y sacó un número.

El rumor se habia convertido en un silencio lúgubre.

La voz del pregonero resonó en la plaza, diciendo lo siguiente:

—Rafael, hijo de Antonio Alvarez y de Petronila Martinez.

Hizo el pregonero una pausa y en seguida prosiguió:

—Número seis.

—¡Soldado!—exclamaron por todas partes, en medio de un murmullo sordo y continuado.

II

Apuntes biográficos de un muchacho que no parece bonito.

¿Quién era Rafael, hijo de Antonio Alvarez y Petronila Martinez?

Vamos á decirlo á nuestros lectores.

Rafael era un muchacho de veinte años, algun tanto moreno, de fisonomia humilde y sumisa, de ojos negros, y que pudieran ser expresivos á no existir en ellos una profunda resignacion religiosa, y de una estatura que llamaríamos elegante, á no haber contruido la costumbre de andar con la cabeza inclinada y los brazos indolentemente caidos.

Antonio Alvarez y Petronila Martinez eran labradores. Vivian del producto liquido de unas cuantas fanegas de tierra de vega, que llevaban en arrendamiento hacia muchos años, y como las rentas eran crecidas y las contribuciones lo eran mucho más, el matrimonio que nos ocupa apenas tenia lo necesario para vivir con la holgura de otros tiempos.

Gracias al admirable régimen doméstico de Petronila, podia decirse que en su casa no

habia sobras, pero tampoco habia faltas; mas con todo, apuradilla andaba siempre en los últimos dias del año agricultor, y cuando llegaba una de estas crisis, la buena y honrada Petronila acudia al único recurso que le quedaba, el cual era su hermano.

El hermano de Petronila era sacerdote. Beneficiado, como ántes se decia, y coadjutor, como ahora se llama, de una de las parroquias de la ciudad, el buen clérigo no tenia más en el mundo que su hermana, y como su hermana tenia sus cinco sentidos en su hijo Rafael, resultó de esto que el sobrino viniera á ser ni más ni menos que el hijo adoptivo del sacerdote.

Rafael, por lo tanto, se crió en la casa de su tio más bien que en la casa de sus padres. Allí fué donde recibió una profunda educacion religiosa. No habiendo grandes recursos en la casa de don Anselmo, que así se llamaba el bueno del hermano de Petronila, la educacion de Rafael habia de resentirse de esta falta; sin embargo, el sacerdote hizo lo que podia, y á veces mucho más de lo que podia.

Primeramente trató de inclinarlo á la carrera eclesiástica. Don Anselmo comprendia ésta bajo dos puntos de vista; uno completamente moral, y otro absolutamente material. Escudar la virtud de su sobrino con el elevado carácter del sacerdocio era su primer pensamiento. Buscarle, por este camino, un porvenir decoroso y proporcionar un sosten para la ancianidad de sus padres era su segundo objeto.

Su obra, por lo tanto, llevaba dos fines meritorios y capitales.

En los primeros años, Rafael vivió, por decirlo así, cosido á la sotana de su tio. Este lo llevaba á la parroquia;

allí ayudaba todas las misas que se decian; encendia y apagaba todas las velas; asistia con una exactitud extraordinaria á todos los bautizos, matrimonios y entierros que se verificaban en ella, y cantaba con el sacristan, bien la *Letania Lauretana*, bien el *Tantum-ergo*, ó bien otro cualquier canto sagrado que llegaba á ofrecerse.

La voz atiplada de Rafael se perdia muchas veces como un eco argentino en las bóvedas del templo.

Esto no quitaba nada para que despues se pelease con los acólitos, á fin de apoderarse del poco vino que quedaba en las vinajeras, ó las hostias que quedaban en el hostiario.

Tales fueron los primeros años de Rafael. Su vida parroquial se mezcló bien pronto á su vida literaria.

Rafael tenia once años cuando salió de la escuela. En ella, segun el plan moderno, habia aprendido muchas cosas sin saber ninguna. Aritmética, escritura, lectura, historia sagrada, historia de España, sistema decimal, elementos de geografia, geometria, astronomia, fisica y dibujo lineal, operaciones parcelarias, y otra multitud de cosas que hoy sirven de base á todas las escuelas superiores del reino; hé aqui el inmenso material que el profesor habia querido introducir en la inteligencia del niño.

Rafael salió abrumado con el peso de estas asignaturas, pero hecho un pequeño enciclopédista. Al día siguiente se matriculó en el seminario eclesiástico de *San Torcuato*, y allí estudió, con mucho aprovechamiento, gramática latina, historia natural, matemáticas y otras materias importantes.

Rafael comprendió su mision, y era sumamente aplicado. La prueba de ello es que cuando no estaba en el seminario estaba en la parroquia, cuando no estaba en la parroquia se hallaba en el seminario. En sus momentos de asueto, tenia en su casa un altar y un pequeño campanario donde se parodia-

ban todas las festividades sencillas, semidobles, dobles y solemnes de la iglesia.

Así llegó Rafael á los diez y seis años, época en que acabó de estudiar gramática y filosofía.

Los diez y seis años son siempre el término de la niñez y el principio de la juventud. Se entra de lleno en la primavera; se nada en un horizonte de color de rosa; se mira á todas partes con un asombro igual al de Adán cuando fué lanzado del Paraíso; se sueña más que se vive; se entrega el alma á una navegación desconocida, cuyo derrotero es siempre un fondo azul y nacarado, y se espera algo de nuevo y prodigioso, sin que se sepa ni adivine lo que ello sea.

Rafael se encontró envuelto en esta atmósfera. Principió á ver las cosas de distinta manera; pero encadenado á sus costumbres clericales se asustaba de todo y vivía aislado, sin amigos y sin ideas propias, no teniendo esperanza sino en la moral del P. Larraga, en la teología de Perrone, en los consejos de su tío y en las caricias de su madre.

La casa de don Anselmo era una casa antigua, casa de beneficiado, que tenía delante de sí una gran plazuela, el campo á una parte y un arrabal á otra.

En aquella extensa y pacífica plazuela, los vecinos y vecinas vivían en constante y perpetua fraternidad.

Rafael se subía diariamente á la azotea ó terrado de la casa para estudiar sus lecciones, y allí dominaba el barrio, el campo y parte de la ciudad. Las vecinas lo veían siempre con el libro en la mano, y esto había esparcido cierta fama entre aquella gente sencilla, de que Rafael, *siguiendo así, llegaría á saber tanto como el obispo.*

Pero nosotros nos atrevemos á hacer una pregunta en esta ocasión. ¿Estudiaba ó no estudiaba Rafael? Estudiaba; estudiaba como un muchacho de diez y seis años, que espera ser clérigo algún día, tal vez conador, acaso cura de alguna parroquia de entrada.

Pero la teología no es un estudio como otro cualquiera, y de aquí el que Rafael, perdido á veces en los profundos laberintos de la ciencia, se sintiese fatigado y abandonase el estudio, aunque tuviese el libro abierto delante de los ojos. En estos momentos, que tenían algo de estupor y somnolencia, Rafael seguía el vuelo de los pájaros, el paso de alguna nube, ó bien se quedaba mirando á la mariposa que cruzaba por el aire, á la hormiga que llevaba un poco de alimento en la boca, ó á la araña que había extendido su tela en una rendija de la pared y cazaba á la incauta mosca que se enredaba en sus hilos.

Y como Rafael no había de estar siempre mirando á la atmósfera y á los animales, se entretenía á veces en mirar á los vecinos que preparaban sus aperos de labranza, á las vecinas que hilaban en las puertas de sus casas, á los muchachos que se tiraban piedras y á las chiquillas que jugaban al *Con-cor-con* (1).

En una de estas observaciones, Rafael clavó los ojos en una muchacha como de catorce á quince años que vivía enfrente de su casa. Aquella muchacha era la más traviesa del barrio, y naturalmente había de verla el estudiante desde su elevado observatorio.

Lo extraño para él era otra cosa. Y esta

SE COMPRO
ORO Y PLATA



HISTORIA DE UNA PULSERA.—Vendida por necesidad (pag. 12).

cosa era que él había conocido desde niña á aquella muchacha, la había visto crecer y ya más le había llamado la atención.

¿Cómo vino á sorprenderle en un momento dado, en un día cualquiera, en el instante mismo en que un dorado rayo de sol bañaba la casta frente de la niña, y en que ella, jugando con otras de su edad, desataba sus largas trenzas de oro y se envolvía en las brillantes banderas de sus cabellos?

Hé aquí lo que diremos más adelante.

Hemos hecho en este capítulo la biografía de Rafael, y justo es que pasemos á hacer la de ella.

III

Apuntes biográficos de una muchacha que no parece fea.

La niña de los dorados cabellos se llamaba Ana. Hija de Pedro Avellan y de María Fernandez, Ana era una muchacha, mala entre las malas, y traviesa entre las traviesas.

Sus padres no tenían más que esta hija, y la adoraban. La hija no tenía más que á sus padres, y se moría por ellos.

Pedro era el labrador más importante del barrio. Tenía casa propia, casa de verdadero labrador, con un gran patio, cubierto de un parral, con buenas cuadras para sus seis pares de mulas y sus dos yuntas de bueyes, con anchas bodegas y ventilados graneros. Pedro era honrado entre los honrados; y María, su mujer, siguiendo las costumbres patriarcales de la gente antigua, era una pequeña providencia que repartía muchas limosnas á los pobres.

Pedro pasaba la vida en el campo. No trabajaba; para esto tenía nueve ó diez mozos, pero dirigía admirablemente sus negocios. Sembraba á su tiempo, abonaba á su tiempo, y todo lo hacía á su época y sazón. Los frutos que recolectaba, siempre estaban en armonía con su vigilancia y esmero.

María, su esposa, pasaba la vida en su

casa. Ella administraba sabiamente lo que su marido introducía por las puertas de la misma; el grano, el vino, las patatas, el cáñamo, el lino, las verduras y el aceite; era le daba á todo la más equitativa distribución, y de aquí el que siempre reinase allí la alegría y la abundancia.

Ana, su hija, pasaba la vida en la plazuela. Ana, que ni tenía cuidados de campo ni cuidados de casa, sólo pensaba en jugar. Era de tal naturaleza, que jamás se cansaba. En vez de andar corria, y en vez de correr saltaba.

Como siempre estaba en un movimiento continuo, en una carrera constante; como siempre estaba saltando y subiéndose á todos los vericuetos, las vecinas del barrio principiaron á llamarla Ana la *Liebre*, buscando la semejanza que tenía con este animal; y el apodo de la *Liebre* fué conquistándolo de tal modo, que más que liebre debiera habérsele llamado ardilla.

Por lo demás, Ana era la alegría del barrio. Su madre la tenía siempre vestida como se viste á una hija única que se quiere mucho. Tenía derecho para entrar en todas las casas y trastornarlo todo, poniendo lo de arriba abajo y lo de abajo arriba.

Ana estaba siempre al sol cuando había sol, á la sombra cuando había sombra, á la lluvia cuando había lluvia y á la nieve cuando había nieve. Su misión era la del pájaro; llevar y traer; su destino era, ya lo hemos dicho, el de la liebre; estar siempre corriendo.

Así llegó á los doce años. Esta edad aumentó en ella su belleza y su estatura, pero no sus inclinaciones. Ana siguió corriendo, jugando y alborotando el barrio. El bueno de don Anselmo, el beneficiado, cuando volvía de su paseo vespertino, solía decir á Ana, luego que ésta se plantaba en dos saltos delante de él para besarle la mano:

—Muchacha, es menester que sientes la cabeza; pronto vas á ser una mujercita.

Pero la *mujercita*, á pesar de estos consejos, seguía corriendo y saltando.

Así llegó á los catorce años.

A esta edad ocurre por lo regular una transformación completa en la organización de las mujeres. Es la edad en que la flor entra en la vida, en que el capullo se abre, en que la rosa amanece cubierta de rocío. Ana, siguiendo las leyes de la naturaleza, experimentó esa transición de color de cielo, en que la niña se convierte en mujer, en que la mujer principia á adivinar los dulces misterios de la juventud; pero no por eso dejó de correr y de brincar, pero con cierta graciosa coquetería que aumentaba sus encantos.

Como ya no podía, si es que esta palabra debe admitirse, jugar como una chiquilla y hacer ciertas cosas de niña, se contentaba con jugar al *Con-cor-con* ó bien á la *Perina* (1), que es otro juego caprichoso de las muchachas del país. Y como en este juego de la *Perina* era ligera como una pluma y risueña como una fuente, es claro que Ana no perdía su bonito sobrenombre, por más que ya no fuera la niña de épocas anteriores.

En este estado, y cuando su corazón iba experimentando la transformación de sentimientos que trae de suyo la edad, fué cuando un día reparó en Rafael Alvarez, el cual, encaramado en su terrado, miraba unas veces

(1) El *Con-cor-con* es un juego, una danza y un canto al mismo tiempo. Se reúnen diez, quince, veinte ó más muchachas del pueblo, se dan la mano y forman una rueda. Esta rueda gira acompasadamente, mientras una voz clara y argentina entona una copla, cuyo estribillo cantan en coro todas las demás.

(1) Juego de ligereza y habilidad que efectúan las niñas de la clase agricultora de Guadix. La *Perina* es una pequeña esfera de madera. Las jóvenes que juegan, armadas de varas gruesas, se esparcen en diversas direcciones. Una de ellas hiere con violencia á la *Perina*, la cual vuela rápidamente. Todas corren detrás, y la primera que la alcanza es la que tiene derecho para impulsarla de nuevo, y así sucesivamente.

al Perrone, otras á las moscas y otras á las muchachas.

¿Qué pasó de resultas de haberse cruzado en el espacio la mirada de estos dos jóvenes?

Esto merece capítulo aparte, y por lo tanto ponemos punto final á éste.

(Se continuará.)

EL SEPULCRO DE SAN LUIS.

En medio de las ruinas de la Cartago romana elevase un monumento muy parecido á un morabito árabe; es el sepulcro de san Luis. Sin duda esta forma le ha sido dada por cálculo, pues no hallando los árabes diferencia alguna entre el sepulcro de un santo francés y un santo musulmán, debían naturalmente respetar igual al uno que al otro. El resultado no ha dejado frustrada la prevision del arquitecto. En la actualidad, san Luis es en la regencia de Túnez un morabito casi tan venerado como sidi Path-Allah ó sidi Abdel-Kader.

Digamos unas palabras acerca de la muerte santa que coronó aquella ilustre existencia.

Todos saben aquella cruzada á Egipto, donde Luis IX fué á buscar una derrota más hermosa que una victoria.

Este monarca había jurado, al dejar la tierra santa, no pisar el suelo francés sino para hacer alto en el territorio patrio. Pero esta detención fué dilatada, pues duró desde 1255 hasta 1270. Luis IX debía restablecer el orden en su reino; hallábase enfermo, estenuado y débil; no podía llevar ni el broquel ni la coraza; apenas le quedaban fuerzas para sostener su espada; esto no era bastante para un conquistador, y era más de lo que se necesitaba para un mártir.

Por esta razón hizo su testamento ántes de partir; en él dejó á Inés, la más joven de sus hijas, un dote de diez mil libras, y llevó consigo á sus tres hijos.

Cuatro ó cinco reyes le acompañaban, y los más grandes señores del mundo formaban su cortejo. Carlos de Sicilia, Eduardo de Inglaterra y los reyes de Navarra y Aragón. Las mujeres abandonaron la rueca y siguieron á sus maridos allende los mares; la condesa de Bretaña y Holanda, de Borgoña, Juana de Tolosa, Isabel de Francia, y Amalia de Courtenay.

Había dejado diez mil francos á su hija Inés, y dejó cuatro mil á la reina Margarita, su esposa; y esta buena reina de gran sencillez, como dice Roberto de Lincieraux, no pidió mayor cantidad.

Luis IX se embarcó en Aigues-Mortes el martes 1.º de Julio de 1220, y dió vista á Túnez á fines del mismo mes.

Un príncipe moro trabajaba para reconstruir á Cartago; esta era la época en que la arquitectura morisca esparcía sus bellezas en España. Muchas casas descollaban ya en medio de las ruinas, y un castillo nuevamente terminado dominaba la colina de Byrsa.

Luis IX desembarcó, á pesar de la amenaza del príncipe musulmán, de que degollaría á todos los cristianos que se encontrasen en sus estados; pero los franceses no habían atravesado tan larga distancia para ceder á una amenaza. Los que iban á buscar el martirio no podían retroceder ante el martirio de los demás.

El primer ataque se dirigió contra Cartago, mezquina ciudad apenas resucitada, cadáver que salía de la tumba y á quien se le obligaba á entrar de nuevo en ella. La ciudad fué tomada, el castillo asaltado; el ejército se estableció en la altura, desde donde se descubría á Túnez, el mar; y en lontananza, el sitio donde en otro tiempo estuvo fundada Utica.

Túnez estaba fortificado; contenía una población guerrera de cincuenta mil hombres, y no podía ser atacado mientras el rey de

Francia no reuniese todas sus fuerzas. Era preciso esperar al rey de Sicilia, y al efecto, el ejército se atrincheró en el istmo. Empezaba el mes de Agosto; un cielo de fuego cubría una tierra ardiente, sobre la que se veían esparcidas las piedras como los huesos de una ciudad á medio quemar, y en estas piedras reflejaba el sol; la mar parecía una sábana de hierro fundido.

Los moros inventaron unas máquinas de guerra sumamente extrañas. En lugar de despedir piedras y flechas, arrojaban al viento que venía del desierto nubes de arena. El viento hacía rodar esos átomos candentes al campo de los cristianos, de manera que sobre éstos llovía fuego.

Entonces declaróse en el ejército una enfermedad tan contagiosa, que los hombres morían á centenares. Al principio se les enterraba cuidadosamente, pero después hubo que contentarse con dejarlos en el campo.

La muerte era imparcial é hirió á los condes de Montmorency, de Nemours y Vendôme. El rey vió morir en sus brazos á su hijo querido el duque de Nevers, y en el momento de espirar éste sintióse herido también. Sentirse herido fué sólo una advertencia para prepararse á morir; aquella peste era implacable. Luis no se hizo ilusión ninguna.

Acostóse en un lecho de cenizas con la seguridad de no volver á levantarse. Era el 25 de Agosto por la mañana, y estaba tendido sobre la tierra con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el cielo.

Aquellos en quienes el último soplo de la vida aún no se había apagado, los que se hallaban menos moribundos, se acercaron en derredor de su rey formando una rueda, la cual escoltaban de pie y armados los soldados que parecían buenos y sanos.

A lo lejos, sobre el espejo azulado del mar, veíase como una bandada de gaviotas y otras aves marítimas; eran las velas de la flota del rey de Sicilia.

Al llegar el Viático, incorporóse el rey sobre sus rodillas para recibir al Dios que hacía él llegaba, esperando llegar él en breve hasta aquel mismo Dios. Después de esto se acostó en una posición inmóvil, con los ojos medio cerrados y orando en voz baja.

De repente levantóse el mismo, dejó escapar un fuerte suspiro, y pronunció distintamente estas palabras:

—Señor, entraré en vuestra casa y os adoraré en vuestro templo santo.

Volvió á caer y espiró. Eran las tres de la tarde.

La flota de Sicilia se encontraba demasiado cerca para poder oír la grita que anunciaba su arribo. Cuando Carlos llegó, hacía ya dos horas que había muerto su hermano. Reclamó las entrañas del santo rey, y las obtuvo; hoy se encuentra aquel precioso depósito en el convento de Montreal, cerca de Palermo. El corazón y los huesos fueron conducidos á Francia.

Durante quinientos sesenta años nada hacía advertir la piedad del peregrino francés el sitio en que san Luis había muerto; ni una piedra, ni una sola cruz veíase en él; aquella tierra enemiga é infiel parecía negarse á conservar el recuerdo de tan gran suceso.

Mas por el año 1829 se entablaron negociaciones, por orden de Carlos X, entre el cónsul de Francia y el rey Husseia. La Francia pedía que se le permitiese levantar un altar allí donde hacía tanto tiempo que faltaba una tumba. Acababa el rey de acceder á esta autorización, cuando vino la revolución de 1830.

Luis Felipe subió al trono. El, que también descendía de San Luis, aprovechando lo favorable de las circunstancias, envió un arquitecto con orden de buscar el sitio mismo en que el santo rey exhaló el último suspiro para que sobre él levantara una tumba.

Pero inútilmente se afanaba Mr. Four-

deur, que éste era el nombre del arquitecto, para encontrar algo de positivo en el relato de los historiadores y en las tradiciones vivas de los siglos. El y Julio de Lesseps se contentaron con buscar el sitio más bello, el mejor punto de vista, el lugar en que ellos habrían preferido morir á encontrarse como el santo rey, y sobre este lugar escogido se levantó el sepulcro.

Este se encuentra en lo alto de una colina, á la cual se sube con pie vacilante entre escombros mezclados de mármoles y mosaicos. Acaso la casualidad haya sido más investigadora, y estos escombros sean la ruina del palacio á cuyas puertas murió el santo rey.

De cualquier modo, nada hay más admirable que la perspectiva que se presenta á los ojos del peregrino que se sienta pensativo allí donde san Luis se recostó moribundo. Al Norte, la mar resplandeciente bajo los rayos del sol; al Este, las montañas de plomo, sombrías y tristes como lo indica su nombre; al Sur, Túnez, blanca como una ciudad construida de piedra cálida de aquel color; al Occidente, una explanada llena de lomas, y á la cima de estas ermitas y pueblos árabes.

Un eco además que repite los nombres de Dido, Lucien de Yarbes, Magon, Almicar, Anibal, Scipion, Sila, Mario, Caton de Utica, César y san Luis.

Entremos en el recinto consagrado al monumento. Creemos haber dicho que la forma del sepulcro es la de las ermitas árabes. A caso será una presunción del arquitecto, inspirado por su conocimiento del país.

Las paredes del recinto están cubiertas de restos incrustados, restos de columnas, de jarrones y de estatuas, y en medio de ellos se encuentra perfectamente conservado un tronco de estatua de bellissimo trabajo. El interior del sepulcro está esculpido al gusto árabe: los dibujos de la Alhambra de Granada y del Alcázar de Sevilla son á los que allí se encuentran, lo que el estilo del Renacimiento en el de Luis XV. Del guarda del sepulcro, antiguo soldado francés, supe que aquellas esculturas eran de un artista tunecino llamado Younei.

Hay poco que ver en este monumento, aunque sí mucho que pensar. Pero no se piensa mucho en compañía de cinco ó seis personas. Hoy que escribo estas líneas en mi gabinete, entre el ruido de las calles, mis recuerdos de ayer y los sucesos del día, diera muchísimo por meditar dos horas, solo y tranquilo, á las puertas del sepulcro de san Luis.

Después del anterior exámen, regresamos á la playa; díjase que la naturaleza animal yace muerta en medio de aquellas ruinas: ni una alondra en los campos, ni una pavita en las riberas del mar. Todo es triste y hasta maldito en rededor. La cumbre de una ciudad con sus huesos que lastiman la tierra; un pequeño trozo de terreno vegetal, de vez en cuando disputado á la agricultura por las ruinas que amenazan desplomarse, y en este trozo de tierra un par de buyes flacos y estenuados, uncidos á un carro de forma antigua que conduce á un árabe medio desnudo.

Al borde mismo de la playa, columnas de mármol blanco y rojo, que ruedan á merced de las olas como frágiles cañas de aquí para allá sobre la superficie del mar; un islote negro, viejísima construcción que la mar roe al són del largo y paciente murmullo de la eternidad. Y este cuadro de desolación y tristeza dominado por el pueblecito moro Sidi Bon-Said.

¡Oh! confieso que sentí entonces muchísimo que nuestros dos pintores se hubiesen quedado en Túnez. Giraud, con un golpe de vista rápido, habría cogido este cuadro maravilloso; Boulanger, con su alma melancólica y profunda, se habría identificado con esta grande resolución. Yo me aparté para consolarme y me fui á acostar junto á la ri-

bera del mar, que hace mil años rueda sobre aquellas columnas de jaspe y pórfido, y que tal vez rodará sobre ella mil años todavía.

Y me parecía que entre el ruido del agua movediza escuchaba el rumor de los pasados siglos. ¿Qué ciudad de las que hoy viven puede vanagloriarse como tú de estar poblada, Cartago? ¿Qué voz, por poderosa que sea, podrá envanecerse de hablar tan alto como tu silencio?

¿Cuánto tiempo habria yo permanecido en este estado, para juntar las dos márgenes del Mediterráneo, para unir en un sueño el Africa y la Europa y llamar a París con su ruido, sus bailes, sus fiestas, su civilización; para preguntar lo que hacían mis amigos, lo que hacías vos, señora, en tanto que en vos pensaba con esa melancolía vaga y deliciosa del viajero!

Pero hoy, al pronunciar el nombre de Alejandro, y como una persona que se siente medio dormida y quiere detener el momento de despertar para que el sueño no se escape, ó como el que habiendo encontrado un tesoro se empuña en cargar con todo el oro que puede, así yo, llenando mi corazón de pena y mi imaginación de recuerdos, ensordecía a las voces que me llamaban.

En seguida se oyeron dos tiros a veinte pasos de mí, al mismo tiempo que resonaba mi nombre por dos ó tres puntos diferentes. Como esta vez ya era inquietud lo que se concebía por mi persona, me fué imposible no responder. Levantéme gritando también y agitando mi pañuelo.

Desde la punta de un muelle, situado sobre poco más ó menos á un cuarto de legua de nosotros, nos hacia señas un barco. Era la canoa del comandante del *Moteczuma* que nos venia á recoger, pues éramos esperados para almorzar.

Emprendimos la marcha por un malecón ruinoso, y después dimos la vuelta por entre dos escavaciones grandes, en cuyo centro picoteaban tres ó cuatro gallinas un poco de ciego y unas cuantas cañas de forma bastante extraña.

Estas dos escavaciones, según los sabios, eran el antiguo puerto de la antigua Cartago, que tenía setenta pies de abertura por el lado del mar y se cerraba con cadenas de hierro. La primera era el puerto público; la segunda el arsenal.

¡Ay, señora, si no temiera incomodaros, cómo os citaría á Polibio, Salustio, Arebon, Appiano, al doctor Yhar y al doctor Estrap!

Pero, por vida mía, prefiero decirlos que aquel fué el sitio donde se embarcó el guapo, el ingenioso Youssef, á quien ya conocéis, una hermosa tarde del mes de Octubre de 1830, á causa de cierta aventura, de la cual no sé si debo hablaros hoy que Youssef se ha casado en París, ni más ni menos que otro cualquiera, con una joven espiritual y bella. Sin embargo, como los viajeros son tan indiscretos, y como sólo á este precio consiguen ser agradables, confieso por mi parte el pecado, y entre ser enojoso ó divertido opto por esto último.

Un día, el cónsul francés, Mr. Mathieu de Lesseps, vió llegar al consulado á un joven bellísimo, de veinte á veintidos años, con traje árabe, que parecía llevar desde su nacimiento, aún cuando hubiera sido éste en la isla de Elba.

Era Youssef el favorito del rey, y uno de los oficiales del Bach-Mencluk.

Como en *Las mil y una noches*, el humilde esclavo había levantado los ojos hasta la princesa Kabaussah, hija del rey Hussein. Por su parte, como en *Las mil y una noches*, también la princesa Kabaussah había bajado los suyos hasta el humilde esclavo.

Desgraciadamente para la unión de ambos amantes, existían todos los obstáculos del Oriente. Resultó, pues, que el primer día que el joven oficial se introdujo en la cámara de la princesa fué sorprendido por un esclavo.

Este esclavo dió cuenta al bey de lo que ocurría, y el bey le hizo firmar su declaración.

Al salir de las habitaciones del bey, el esclavo debió pasar por delante de Youssef y éste le esperaba. Lo cogió al paso y lo encerró en su cuarto con él.

Después se oyó ruido de armas, gritos y nada más.

Dos horas después, la princesa Kabaussah recibía una guirnalda de flores, y entre ellas encontró una mano, una lengua y un ojo.

A este regalo singular iba unido el siguiente billete:

«Os envío el ojo que os ha espiado, la lengua que os ha vendido y la mano que os ha denunciado.»

En cuanto á Youssef, no había esperado la respuesta de la princesa, sino que se había marchado, como hemos dicho ya, á la casa del cónsul.

Mr. Mathieu de Lesseps, que conocía hacía mucho tiempo á Youssef y le quería mucho, se apresuró á enviarle á su casa de campo de Maria, situada á orillas del mar, encargando á su hijo Fernando de Lesseps que preparase el embarque del fugitivo.

Tres días después, la lancha de la corbeta *Bayonesa* iba á la costa en busca de Youssef.

Pero la costa estaba guardada; quisieron detener á Youssef, el que á pesar de habérselas contra diez hizo uso de las armas árabes que también sabe manejar. Fernando de Lesseps le detuvo y se colocó entre él y los guardacostas, de manera que, protegido por el hijo del cónsul, Youssef llegó á embarcarse.

Una carta que le entregó Mr. Mathieu Lesseps para el mariscal Clausel, le abrió la senda que tan admirablemente ha recorrido.

Después de seis días de descanso acabábanos de abandonar á Túnez.

Serían las diez cuando llegamos á bordo; el capitán había mandado disponer la cena, y nos sentamos á la mesa.

A media noche, la luna apareció espléndida, y á su pálido brillar pudimos todavía echar una mirada sobre aquel bello lago, al fin del cual se adivinaba más bien que se veía á Túnez.

Doblamos el cabo de Cartago, y todo desapareció.

La mar estaba hermosa, el viento favorable, y por la mañana despertamos á la vista de la pequeña isla de Galite. Esta isla, como la de Montecristo, á la cual se parece algo, se encuentra habitada por conejos y cabras. Al saber esto, suplicamos al capitán que nos permitiese detenernos en ella algunas horas, y, como siempre, accedió á nuestra petición.

Algun tiempo antes de parar nosotros, un suceso bastante curioso había ocurrido en el mismo sitio que nos encontráramos. Una judía de Túnez se había casado en Bona y vuelto á Túnez dos años después de su casamiento. Indagáronse los motivos de este regreso, y el que pareció más verosímil fué que su ligereza de conducta había disgustado á su marido, y se había operado entre ellos una separación material. No obstante, como algunos meses después volvió el marido de Túnez en busca de su esposa, con la que al parecer vivía santa y alegremente, aquella separación que hemos dicho cayó completamente por tierra. Había más: el marido venía en busca de su mujer, porque, al decir suyo, no podía vivir sin ella.

El había fundado en Argel un nuevo establecimiento, y los dos esposos se embarcaron en un buque griego para ponerse al frente de él.

Pero la fundación de este establecimiento era tan falsa como la armonía que parecía reinar en la pareja.

El judío no tenía otro proyecto que el de desembarazarse de su mujer, y el capitán del buque griego se había convenido á complacerle mediante la cantidad de dos mil piastres que recibió.

La casualidad vino en ayuda de ambos cómplices; el buque se vió cruelmente azotado por un duro tiempo, y el mareo se apoderó de la pobre mujer en términos que le hubiese hecho imposible toda defensa, sobre todo cuando no se sospechaba amenazada de ningún peligro.

De repente, el marido y el capitán entraron en su cuarto, la metieron en una caja, cerrándola bien, y la arrojaron al mar.

Era de noche; nadie vió esto, ni mortal alguno se apercebía de ello.

El buque era velero, y hacía siete millas por hora como el nuestro, de manera que perdió pronto de vista la caja que flotaba al capricho del mar.

Tres horas después, y cuando ya el día comenzaba á amanecer, el barco de vapor *Spinx*, que partió cinco horas después que el griego, y que llevaba el mismo derrotero, percibió un objeto que creyó primero una chalupa y después un cajón.

Detúvose el vapor, y se envió en busca de aquel objeto una lancha. Los marineros de ésta cogieron la caja y la llevaron al buque, no sin que durante el trayecto dejasen de oír quejidos y llantos; pero como no tenían allí ningún instrumento, se contentaron con hacer fuerza de remo y dirigir algunas preguntas que no eran contestadas sino por sonidos inarticulados.

Se colocó la caja sobre el puente y se llamó al carpintero. El hacha y el escoplo hicieron presto su oficio, y la tapa saltó, dejando ver á una mujer desnuda y casi asfixiada.

Era nuestra judía, la cual contó su historia. El *Spinx* iba también á Argel, y el capitán mandó que se le diese toda la fuerza de vapor posible. A eso del mediodía reconocieron al buque griego, y por la tarde ya lo habían dejado atrás.

El *Spinx* llegó á Argel doce horas antes que el otro. El capitán tuvo tiempo de hacer su declaración, y la mujer su querrela. Al poner el pie sobre el muelle, la primera persona que vió el marido fué á su mujer, y detrás de ella un piquete de gendarmería.

En cuanto al capitán griego, viendo desde á bordo la prisión del judío, no quiso saber más y se largó inmediatamente.

El marido fué juzgado, sentenciado á muerte y ejecutado, con gran alegría de los moros y árabes, para los que es siempre una diversión ver quitar la vida á un judío.

¿Qué más puedo decir? Creo que con lo dicho es bastante. Después de los episodios referidos, lo único que queda en pie todavía es el sepulcro de san Luis.

AYER Y HOY.

Historia de una pulseira.

Hé aquí la vida; un recuerdo y una realidad triste, una esperanza y un desengaño, una ilusión y una verdad aterradora. Y sin embargo, creemos en nuestros ensueños y en nuestras tonterías, si es que se nos permite la palabra subrayada.

Vamos á poner el ejemplo á la vista de nuestros lectores en un cuadro original, en una historia de lágrimas que conocemos.

Hace veinte años que Juana de Tres Estrellas tenía la misma edad del tiempo que hace en que principia nuestra relación. Hermosa y dulce, como son esas andaluzas que han nacido bajo el cielo de Málaga ó Granada, podía decirse que se asomaba risueña y coqueta en la mañana de su vida.

Tenía un carácter un tanto ligero, meridional por temperamento, y meridional por condición. Le sentaba perfectamente aquella frase de Víctor Hugo: «Sus hermosos dientes se habían hecho para reír. Dadle el llanto, y hubiera perdido su belleza aquella figura.»

Sus ojos eran negros y chispeantes, ojos árabes, que admiramos en las hijas de Andalucía. Su cabello, igualmente negro, se rizaba en ondas que caían lánguidamente sobre los hombros. Tenía bonito cuerpo, y un pie que gustaba enseñar para que admirasen su pequeña forma.

Cuando enseñaba el pie sonreía. Efectos encontrados, pero que sin embargo siempre están juntos.

Ya hemos dicho algo de su carácter. Si hubiera sido hombre, hubiera sido un joven espíritu; pero era mujer, y su carácter la hacía coqueta. Y no coqueta de mal genero. Deseaba producir efecto, y nada más.

En cuanto á su alma, nada podemos decir. ¿Quién es capaz de saber lo que piensa el alma de una mujer? Sus ojos decían que era de fuego, pero su sonrisa, un tanto fría, la tornaba en hielo.

En cuanto á lo demás, todo era dulzura, belleza, agrado, sentimiento. Se me olvidaba decir que el alma de aquella mujer era poética, cosa que trae después no pequeños inconvenientes. Hemos dicho que sonreía, y tras aquella sonrisa muchas veces se deslizaba una lágrima. Ansiaba el oro sin saber por qué lo ansiaba. Ella era feliz; tenía cubiertas las necesidades de la vida, y sin embargo quería algo más. ¡Es tan hermoso el tener!

Era bella sin saberlo. Cuando lo supo fue cuando tenía veinte años. Más adelante diremos cómo se puso la razón del ser sobre esa razón bendita que se llama ignorancia.

Ella nos lo ha contado mucho tiempo después, y ha hecho que se humedezcan nuestros ojos y se conmueva nuestro corazón.

Gustaba mucho de las flores, y con ellas se engalanaba la cabeza. Era la corona de la naturaleza sobre la obra de Dios. Se levantaba temprano y sonreía á la alborada, y ésta le daba su primer beso; y el alma de la niña era tan pura como el beso de la diosa. La gustaba la contemplación y la calma en medio de su carácter ligero. Era una mariposa que volaba de flor en flor, hasta que fascinada por una se queda admirándola. Así era Juana, y no se rían nuestros lectores, pues ya hemos dicho que tenía un alma enteramente poética.

II

Un día del mes de Mayo, de ese mes perfumado, corona del año, hijo de Dios, diadema de flores, Juana se miró á su espejo y se halló muy linda. Estaba extasiada contemplándose, cuando vió retratarse en la bruñida superficie la figura de un hombre que acababa de entrar en la habitación.

Este era un conocido suyo, joven como ella, que se trataban desde la infancia.

Era alto, delgado y esbelto, de ojos un tanto azules, pero el cabello perfectamente negro.

Se llegó pausadamente al tocador de la joven, y le dijo:

—Verdaderamente que estás hermosa, Juana, pero te falta un adorno.

—¿Cuál?—respondió ella sonriéndose dulcemente.

—Míralo,—dijo el joven.

Y al mismo tiempo sacó un estuche de su bolsillo, y abriéndolo presentó ante los ojos de Juana una pulsera de oro. Es decir, la tentación envuelta en un atractivo.

Ella callaba, pero aquella pulsera brillante principió á fascinarla. El espejo fascina también á las aves que vuelan por el cielo. El tomó la pulsera, y la puso en uno de los torneados brazos de la joven.

Ella se volvió á sonreír, y le dijo:

—¡Pero esto vale mucho! Julian.

—Eso,—respondió él,—se hace para la hermosura, como la transparencia para el nácar, como el azul para el cielo, como la perla para el mar.

—¿Y yo soy digna de eso?—dijo Juana.

—Vélo tú misma; mira tu brazo, que el cincel griego se hubiese parado atónito para

contemplarlo, y dime si se merece ese oro engastarse en ese alabastro.

Juana lo miró y sonrió dulcemente; hasta tuvo la candidez de mirárselo al espejo como si no lo hubiese podido ver sin necesidad de este.

Julian se acercó á ella y le cogió la mano; después le dijo:

—Juana, ¿ves esa pulsera que sujeta tu muñeca?

—Sí,—dijo ella.

—Si tú quisieras que....—añadió Julian.

Y se quedó pensativo, como si le atormentase alguna idea.

—Habla, dijo Juana.

—¡Ah! no, no....

Y haciendo un rápido movimiento besó la mano á la joven, y cayó de rodillas sonriéndola.

Aquel beso y aquella sonrisa llegaron al corazón de Juana.

Sin saber lo que hacía, le obligó á que se levantara, y le dijo:

—¿Qué era lo que me ibas á decir?

—Te iba á decir que si tú quisieras, esta misma pulsera podía sujetar nuestros corazones.

—No te comprendo,—dijo la hermosa.

—¡Ah! no lo extraño; tú no sientes lo que yo siento; tú no tienes un volcan en el alma, que ardiendo eternamente quema la vida.... tú no amas.

Juana lo miró profundamente, y una sonrisa vaga agitó sus labios. Julian prosiguió:

—Si tú amases, no hablarías así; si tú.... mas á qué proseguir,—añadió bruscamente.

—Adiós, Juana, ya no nos volveremos á ver.

Y se dirigió hacia la puerta.

Juana le dijo:

—No te vayas, ven.

Julian se acercó, y oprimiendo su ligero tallo, le dijo:

—Te amo, Juana. ¿Me amarás tú á mí?

Ella se puso pálida, después encarnada, y dijo:

—Sí.

Aquel sí era tan dulce como el murmullo doliente de la brisa, como la agonizante queja del ruiseñor.

Julian la besó en la frente, después en la boca, y aquellas dos almas se juntaron en una. Pero al mismo tiempo un ángel derramaba una lágrima en el río de la vida. ¡Pobre flor!

III

¡Desdichada mujer! ¡agostada azucena! ¡infeliz criatura! ¡Pobre mariposa que al tender sus alas el vendabal del mundo se las cortó!

Hoy no queda más que su memoria, triste, dolorosa. Hoy no queda más que un suspiro vago del ayer. Así es el mundo. La humanidad que viene se ríe de la humanidad que pasa, sin enjugar sus dolores y sin endulzar su tristeza.

¿Qué le pasó á Juana? ¡Pobre mujer! Cayó en el abismo y rodó hasta su fondo. Pronto vió el pasado como tras una gasa, y sólo vió los dolores presentes.

El hombre que la deshonoró la abandonó. Ella lo amaba; lloró unos pocos días; pero al verse hermosa, sonrió al mundo y el mundo la acogió en sus brazos.

Pronto llegó á contar un cúmulo de amantes, y se reía como una loca de sus variaciones. Y como en recuerdo de su primer amor, cuando ella quería producir efecto se ponía la pulsera de Julian, el precio funesto de su esclavitud.

¿Cuántas veces miraba aquella joya, símbolo de su extinguido amor! ¡Cuántas encontraba entre ella y su corazón un enlace misterioso! Pero estas cosas sólo pasaban en el alma de Juana.

Así estuvo hasta que brilló la primera cana en su cabeza de veinticinco años, y al verla

sintió frío en el corazón. Hay vejez prematuras.

Hay cierta impresion al ver una de esas anunciadoras de la vejez que por primera vez aparecen en nuestra cabeza.

El que escribe estas líneas vió dibujarse á los diez y nueve años entre sus negros cabellos un hilo de plata. Se acuerda que su madre se la sacó y le dijo:

—Eres un viejo, muchacho.

Yo me sonreí; pero, sin embargo, mi corazón se puso triste.

—Sabe Dios,—me dije,—si el año que viene tendré la cabeza blanca.

Eso le sucedió á Juana; se puso triste y aun lloró.

Siguió luego sus aventuras un par de años, hasta que la infeliz vino á caer de abismo en abismo en todas las miserias. Pero siempre guardaba la pulsera, y ahora servía para realzar sus profundos atavíos.

Se adornaba y sabía sonreírle al dinero; aquel corazón se había empedernido.

Un día tuvo una riña con una de sus compañeras y se hirieron las dos. Esto dió por resultado el que temiéndole á la justicia mutuamente se callasen. La herida de Juana era grave; tenía atravesado un brazo. La infeliz sufría mucho, e iba oculta en casa de un médico á quien había encargado su curación.

El médico la llevaba diez reales por cada visita, y la pobre Juana, habiéndosele acabado los fondos, vendió sus vestidos, sus alhajas y todo cuanto tenía de útil. Mas llegó un día terrible; no tenía ya nada que vender, y aunque estaba mejor de su herida, tenía una debilidad extrema que la consumía. Vió el hambre y la sufrió durante veinticuatro horas. Después la fiebre se apoderó de ella. Entonces, apoyándose en la pared, salió de su casa y se dirigió á una platería, mejor dicho, á una de esas prenderías donde se trafica con la sangre del pobre.

El platero, creyendo que era una pobre que se le acercaba á pedirle una limosna, le dijo bruscamente:

—Idos de aquí; ya se la he dado hoy á los pobres.

—Perdone usted,—dijo Juana;—no vengo á pedir, vengo á ver si me quiere usted comprar esta pulsera.

Y al mismo tiempo sacó del pecho la pulsera que Julian, su primer amante, le había regalado.

El platero le dijo observándola:

—¿Cuánto quiere usted por ella?

—Lo que su conciencia le diga que vale,—murmuró Juana débilmente.

El platero le dió cuatro duros, ella alargó la mano para tomarlos. Entonces el platero la miró á la cara y vió que estaban sus ojos llenos de lágrimas.

IV

Juana se alejó y recordó todo lo pasado. Aquella pulsera la había ella guardado como una reliquia preciosa, como un talisman sagrado. Al venderla, vendió el resto de su vida. ¡Pobre mujer!

.....

¿Qué es hoy de Juana? No lo sabemos. Es una gota de agua perdida en el océano de la existencia. Acaso en algun hospital pueda encontrarse el desenlace de este drama social.

JOSÉ MARIA TÁRRAGO.

LOS BUSCADORES DE ORO.

James Plowden, uno de esos hombres osados que á través de esa inmensa red de América poblada de hordas indias van á desafiar innumerables peligros para llegar á la fortuna (*Mahemoney*) ha reaparecido en Charlestown, su ciudad natal. Estaba desfigurado de tal

modo, que sus antiguos amigos y parientes se negaban á reconocerlo. En efecto, representaos un esqueleto ambulante, de cerca de seis pies de altura, completamente calvo, las mejillas llenas de arascos como un indigena de las islas Sandwich, y las orejas cortadas al ras de la cabeza.

James Plowden habia partido por primera vez en 1867 para la Arizona, con dos compañeros adictos á su fortuna. Despues de haber atravesado el pais de los Apaches, estudiando en el camino las arenas de los rios y arroyos, y reducidos con frecuencia, á falta de caza, á nutrirse con serpientes de cascabel, acabaron por descubrir al pié de las cordilleras, en el lecho de un afluente del rio de los Ladrones, un nacimiento aurifero de tal modo abundante, que establecieron cerca de la mina un rancho para permanecer alli hasta agotar el tesoro.

Habia apenas transcurrido un mes desde el principio de su explotación, cuando fueron descubiertos por los indios. Algunos dias despues, uno de los asociados llamado Brown, que habia partido durante la noche para ponerse á la obra en la orilla del rio, fué encontrado el dia siguiente, á una milla del establecimiento proximalmente, con la cabeza hendida por un hachazo y despojada de su cabellera. El segundo asociado de Plowden no tardó en sufrir una suerte análoga; una mañana, en el momento en que se presentó en la puerta del rancho, una flecha le atravesó el corazón.

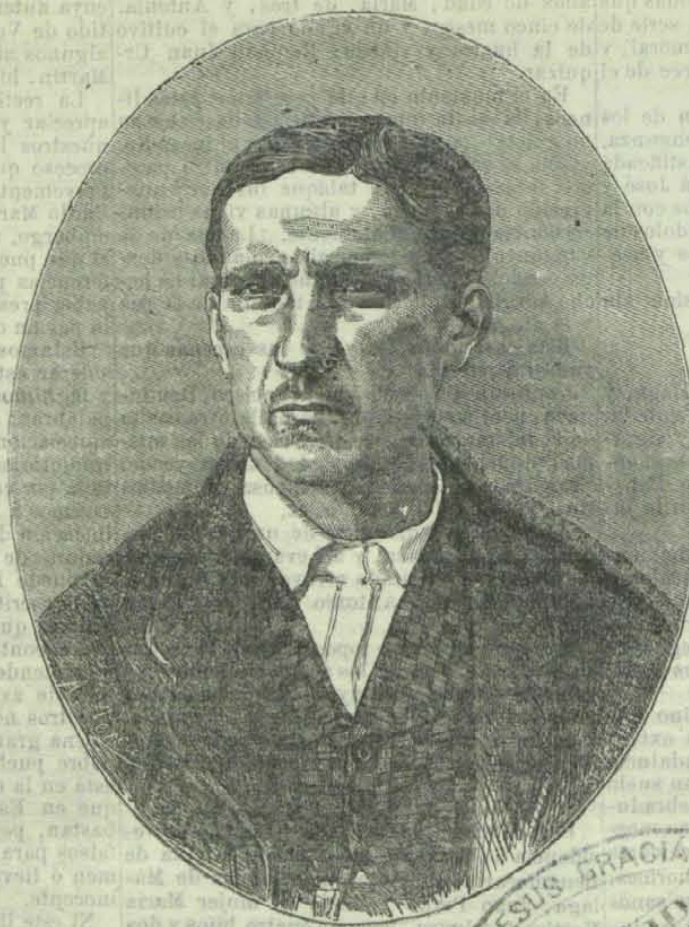
James Plowden, una vez solo, esperó la noche, y despues de haberse llenado los bolsillos de pepitas, salió arrastrándose de su escondite. A fuerza de arduos logró escapar á la vigilancia de los indios. Durante veintidos dias erró por una region desconocida; reposando de dia y marchando por la noche, logró llegar á las orillas del Pacifico, á poca distancia de Guaymas; una vez en esta ciudad, reposó algunos dias y se embarcó para San Francisco.

James Plowden vivió durante seis meses en esta última ciudad, en que su peculio se agotó pronto. En este intervalo, el recuerdo de las riquezas que habia dejado detras de él se representaba continuamente á su imaginación; se confió á algunos aventureros como él, y pronto se presentaron diez que deseaban compartir sus peligros y su fortuna.

Esta última expedición no ha durado ménos de un año. El oro que recogian diariamente se elevaba á la suma media de cinco onzas por persona, y el rancho estaba literalmente cubierto de pepitas. Entonces fué cuando el jefe de la expedición, Plowden, mandó uno de sus socios á M. Leroy, armador en San Francisco, pidiendo un navio para cargar en el puerto de Guaymas los millones que la sociedad habia recogido.

Una goleta fué enviada á Guaymas y esperó inútilmente el cargamento anunciado; el mensajero que habia traído para ir á prevenir á sus compañeros habia desaparecido, y la goleta volvió á San Francisco con un cargamento de cueros, que pagó los gastos de la expedición.

En el intervalo, he aquí lo que habia pasado. Los apaches se habian reunido en gran número para atacar el nuevo establecimiento de buscadores de oro; pero estos, armados con carabinas y revolvers, los habian rechazado siempre con éxito. Por desgracia, los sitiados no se atrevían á salir de su atrincheramiento para ir á buscar las provisiones de que tenían necesidad. Los indios, emboscados en los



ANTONIO FELIPE PARDO MARTIN.

alrededores, los mataban á flechazos, y no pasaba semana sin que un americano faltase á la lista.

Reducidos al número de cinco, se decidieron á escapar durante la noche, esperando poder llegar al mar como su jefe lo habia hecho ya una vez. Pero su esperanza quedó frustrada. Atacados por la noche como durante el dia por sus implacables enemigos, sucumbieron sucesivamente á sus reiterados ataques.

James Plowden, hecho prisionero, fué el solo que perdonaron, pero quisieron que guardase el sello eterno de su permanencia en su region. Le mutilaron el rostro con sus cuchillos, y le cortaron las dos orejas, dejándolo despues.

Plowden logró esta vez, como la primera, llegar á Guaymas, donde encontró un navio que se hacia á la vela para Nueva-York.

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTIN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

Asesinatos é Incendios.

I

Vamos á narrar á nuestros lectores uno de los procesos más dramáticos y terribles de nuestra colección. Los sucesos que en el vamos á referir tuvieron lugar no hace aún cuatro años, y todavia están calientes las cenizas de las victimas.

Por esta razon hemos necesitado algun tiempo para dar á nuestros lectores el presente drama sangriento. Nos ha sido preciso investigar, estudiar, analizar, digámoslo así, las causas que dieron origen á este proceso para poderlas juzgar segun nuestra concien-

cia. Hemos querido recorrer los sitios que sirvieron de teatro á la mayor parte de las escenas que tenemos que referir, para que su descripción fuese exacta y pudiesen comprenderla nuestros lectores, como si hubiesen sido testigos oculares de ellas.

Quando se relata ó describe un suceso antiguo, por mucha que haya sido su importancia, por trascendentales que hayan sido sus consecuencias, cualquier error en su narración es disculpable y pasa desapercibido, mientras no afecte ó altere sus caracteres principales; pero cuando se narra un acontecimiento de actualidad es indispensable verificarlo con una veracidad absoluta, no descuidar ningún detalle, no falsear ningún incidente, ni dar á los hechos otro colorido que el que real y verdaderamente les corresponda. Todo esto hace falta para no herir susceptibilidades dignas de respeto, para no faltar á la verdad, para proceder, en fin, con justicia.

Estas razones, poderosísimas á nuestro juicio, nos han obligado á no poner la pluma sobre el papel hasta que hemos adquirido todos los datos y antecedentes que creíamos necesarios á nuestro objeto. Hemos ido á buscarlos al proceso original, á la relación de testigos oculares de los hechos, á la voz pública, á los sitios mismos en que éstos se verificaron, y de este modo hemos podido llegar á formarnos una opinión, que si no es tan exacta como desearíamos, es por lo ménos leal y sincera.

Muchos malos ratos, muchas noches de constante vigilia nos han costado tales exploraciones; pero dámonos por satisfechos con tal de poder presentar á nuestros lectores, si no un trabajo digno de ellos, una narración exacta, fiel y verídica hasta en sus menores detalles.

El proceso que vamos á referir bien merece por su triste importancia todos estos preliminares. Los crímenes que le hicieron nacer; las causas anteriores de estos crímenes; el número, sexo y edad de las victimas; la visible intervención de la Providencia en la captura de los culpables; la actividad y el acierto de las dignas autoridades que intervinieron en él; la trágica muerte de uno de los reos, y el sincero é inesperado arrepentimiento del otro, todo esto da á la presente causa un carácter tan eminentemente dramático, que no puede leerse sin emoción, y desde luego estamos seguros que todos nuestros lectores han de sentirse impresionados y ha de hacerles meditar la lectura de sus páginas.

Para concluir esta especie de prólogo, permitámonos una última observación.

En todas las causas que vayamos insertando no perderemos de vista la idea moral, y siempre procuraremos que encierran alguna enseñanza provechosa. Todas ellas son tristes pero palpables ejemplos de las consecuencias que puede producir el extravío de las pasiones. En *Romualdo Denis*, el delirio de los celos; en *Doña Vicenta Mendieta*, el adulterio; en el *Duque de Praslin*, la falta de toda idea religiosa, hija de una educación abandonada; en *Rosell y Vandemplas*, el espíritu de vagancia y holgazanería; en *Alberto Satari*, el desarreglo de una vida licenciosa; en *Francisco Zueta*, el odio hereditario; en *Eugenio Pantoja*, las consecuencias de las malas compañías; en *Elena Jégado*, el espíritu de destrucción; y en *madame Lemoinne y su hija*, el orgullo de cuna y la idea exagerada de un honor mal comprendido.

Todas estas causas, así como las demás que no mencionamos por no alargar esta serie de reflexiones, tienen, pues, su objeto moral, y la que ahora damos principio no carece de él ciertamente.

¡La venganza! He aquí el origen de los crímenes que vamos á referir. La venganza, siempre injusta y criminal, por justificada que sea, fué el móvil que impulsó á José y Felipe Pardo Martin á teñir sus manos con la sangre de sus semejantes, convirtiéndolos de honrados labradores, en incendiarios y asesinos.

¡Triste consecuencia de una pasión sin freno!

II

A cinco leguas de la ciudad de Málaga, y en un terreno de naturaleza accidentada, plantado de viñas, higueras, olivos y algarrobos, se hallan situados los partidos nombrados Almayate-bajo, Almayate-alto, Benajáraf, y Cajiz, todos pertenecientes á la jurisdicción de Vélez-Málaga.

Estos cuatro partidos ocupan próximamente una legua cuadrada, hallándose escalonados de tal manera y á distancias entre sí tan proporcionales, que hallándose el de Almayate-bajo, que es el primero, media legua de Vélez-Málaga, dista el último, que es Cajiz, legua y media.

Nada más pintoresco que el término que ocupan estos cuatro partidos, pues extendiéndose bajo el hermoso cielo de Andalucía y en un clima constante y sobre un suelo fértil, cubren las sinuosidades y quebraduras de su terreno plantaciones de viñas moscateles, de donde se obtienen las tan célebres pasas de Málaga. Algunas higueras enormes, criadas casi sin cultivo; algunos olivos sanos y robustos, mezclados con algarrobos, se interponen entre las cepas como si fueran los gigantes guardianes de los viñedos, completando la belleza del panorama los huertecillos que hay de trecho en trecho, bordeados por gigantescas matas de pita, que extienden sus largas y afiladas hojas como penachos de ondulantes plumas.

En la extensión de una legua, que próximamente y según hemos dicho es el terreno que ocupan los cuatro partidos ya mencionados, se hallan establecidas unas mil familias, cuyas casas, blancas como palomas, y diseminadas por todo él, aumentan lo pintoresco de su situación hasta un punto, que sólo viéndolo se puede comprender.

Los sucesos que tenemos que referir tuvieron lugar únicamente en el partido denominado Almayate-bajo, que es el más próximo de Vélez-Málaga, pues que según hemos dicho se halla á una media legua de esta ciudad y á cinco próximamente de la capital de la provincia.

Haciendo abstracción de los accidentes más insignificantes de este terreno, podemos considerarle topográficamente como una extensión y elevada colina de Norte á Sur, cayendo al Norte la parte más elevada de ella y al Sur sus faldas inferiores. En estas últimas se halla situado Almayate-bajo, llamado así por esta circunstancia.

En la parte más baja de este partido, y como á unos veinticinco metros del arroyo llamado de la Coscoja, distante del mar un tiro de fusil, existía el 30 del pasado Junio una casa de modesta, aunque de graciosa construcción, cuyas blancas paredes y pintadas ventanas daban desde luego una favorable idea de la conducta de sus moradores. Tenía planta baja y principal, á la cual se subía por una escalera interior, extendiéndose por delante de su fachada una lindísima huerta, sembrada de legumbres y cubierta de limoneros, naranjos y otros árboles frutales. Hallábase señalada con el número 223, y en ella habitaba Francisco Dominguez (a) *Santa María*, con su esposa Isabel Martin, sus cuatro hijas, Isabel, de doce

años de edad, María, de tres, y Antonia, de cinco meses, y un criado para el cultivo de la huerta y viñedo, llamado Juan Urquizar.

En el momento en que escribimos estas líneas, la casita que acabamos de describir ya no existe; ha sido destruida por el incendio, y sólo se conservan de ella sus cuatro paredes laterales, algun tabique interior ennegrecido por el fuego, y algunas vigas caídas carbonizadas completamente. ¡La tea de la venganza ha pasado por allí asolando y destruyendo todo! ¡Una mano criminal ha hecho surgir la muerte en la morada de la paz y la alegría!

Esta casa fué el teatro de las escenas que vamos á referir.

Contigua á la casa de Francisco Dominguez, pero á su espalda, se halla otra casita de la misma construcción y casi de las mismas dimensiones, propiedad de su vecino Francisco Aragüez y su esposa Remedios Roa, sobrina del Dominguez.

Al Norte, y á distancia de un tiro de piedra, se ve otra casa, y á Levante otras dos, divididas por el citado arroyo de la Coscoja, y habitadas por Antonio Herrera y Juan Borge.

Tal es la situación topográfica de la esconca en que se verificaron los acontecimientos que vamos á referir, y en cuya descripción hemos procurado la claridad más que la elegancia, á fin de que nuestros lectores puedan comprender con facilidad las escenas sucesivas.

III

Por los años de 1826 á 1828 trasladó su residencia á Almayate-bajo, desde la villa de Benamocarra, distante cinco leguas de Málaga, Juan Pardo Tellez y su mujer María Martin Rodriguez, con sus cuatro hijos y dos hijas.

Juan Pardo era un hombre de bien en toda la extensión de la palabra, y su poca fortuna en Benamocarra, pueblo de su naturaleza y domicilio, le hizo trasladarse á Almayate en busca de trabajo para poder sacar adelante á su numerosa y querida familia, numerosa efectivamente para un pobre jornalero que no tenía otro patrimonio que el trabajo de sus manos.

La constancia y la laboriosidad siempre tienen su recompensa, y Juan Pardo consiguió al cabo de algunos años adquirir algunas tierrecillas, con cuyo producto y su trabajo pudo va cubrir más fácilmente las necesidades de su casa.

María Martin, su mujer, tenía en Almayate un hermano, llamado Salvador, regularmente establecido, y por consiguiente bien quisto entre sus paisanos y convecinos. Esta circunstancia no fué seguramente la que menos contribuyó á que Juan Pardo encontrara en Almayate un jornal para sostener su familia; y todo esto, unido al parentesco y á la expansiva vida de las poblaciones rurales, hizo nacer en las dos familias vínculos que parecían debían haber sido eternos, y que no obstante se rompieron bien pronto y de la manera más terrible.

Preciso nos es confesar, por más que el engaño nos sea muy doloroso, que la vida de los puebllos, cuanto más pequeños son, ofrece más espinas y contrariedades. La envidia suele ser el origen de esas enemistades ridículas, pero terribles, que sólo se ven en las aldeas, y que revelan, por desgracia, la falta más absoluta de instrucción. Podríamos citar cien ejemplos para corroborar nuestra tesis, pero no creemos tener necesidad de ellos, porque todos nuestros lectores tendrían por experiencia propia más ó menos convicción sobre este particular.

Trascurrieron los años en una paz envidiable y sin que Juan Pardo ni su familia dieran á sus convecinos el menor disgusto ni á las autoridades locales el más pequeño motivo de queja. Pero esta buena reputación,

cuya autenticidad es pública en todo el partido de Vélez-Málaga, debía ser desmentida algunos años después por José y Felipe Pardo Martin, hijos del citado Juan.

La rectitud y lealtad con que queremos apreciar y presentar á la consideración de nuestros lectores los hechos originarios del proceso que nos ocupa, nos obliga á referir brevemente los antecedentes de José y Felipe Pardo Martin, sin que nosotros demos, sin embargo, á estos antecedentes más valor que el que pueden tener como adquiridos por referencias particulares, en las cuales puede haber presidido la pasión del odio en unas, la pasión de la amistad en otras.

Estamos, por lo tanto, muy lejos de considerar estos antecedentes como verdaderos y legítimos en el sentido absoluto de estas palabras; y como no queremos en nuestra apreciación hacernos eco de lo que en tan contradictorios sentidos ha llegado á nuestra noticia por confidencias particulares, nos limitaremos á narrar, muy por encima y sin calificación de ninguna clase, las causas generadoras de este proceso. Para nosotros no hay ni puede haber más verdad que la que resulta escrita y justificada en los procesos originales que leemos; y por más que alguna vez encontremos inexplicables ciertos actos, ni pretendemos discurrir sobre ellos ni tratamos de averiguar en qué consiste lo que á nosotros nos parece contradictorio.

Una gran parte del pueblo español, de ese pobre pueblo que tanto necesita ilustrarse, está en la creencia, funesta ciertamente, de que en España no hay justicia, y de que bastan, por ejemplo, unos cuantos testigos falsos para alcanzar la impunidad de un crimen ó llevar al cadalso ó al presidio á un inocente.

Ni este libro ni nosotros estamos llamados á destruir tan culpable y errónea creencia; pero como escritores, creemos deber decir cuatro palabras en contra de esta opinión del vulgo.

Los tribunales españoles, especialmente en las causas criminales, han demostrado siempre una rectitud y una ilustración digna de alabanza; y si de ellos ha salido alguna sentencia visiblemente injusta, debida ha sido, no á venalidad, á ligereza ni á pasión, sino á que los jueces son hombres y sólo Dios es infalible. Pero aún en estos casos, entre todos los tribunales del mundo civilizado, tal vez son los españoles los que menos contingente ofrecen; y esto, que prueba la rectitud de los juzgadores, destruye por su base la opinión vulgar que tratamos de combatir.

En los procesos ruidosos, esas dilaciones en su tramitación que impacientan á las masas, no tienen otro objeto que el completo esclarecimiento de la verdad; el juez no se acelera, no se precipita; pide antecedentes, los busca, los estudia, los analiza, y sólo sentencia cuando ha oído al mismo reo y ha depurado en lo posible la verdad de los hechos que persigue. Y hay más todavía: el juez sentencia y su sentencia no es definitiva; ha podido ofuscarse, ha podido ser engañado, cohibido, ¿quién sabe? su sentencia tiene que ser consultada con la Audiencia del territorio donde se ha cometido el delito que se persigue; y el proceso vuelve á ser ampliado, estudiado, analizado, no por un juez, sino por cuatro ó cinco magistrados, cuya mayor jerarquía los hace, si cabe, más independientes, siendo á la par una doble garantía de mayor ilustración y rectitud. Pues aún en este caso, y si el proceso ha adolecido de alguna falta, ó se encuentra en alguno de los casos determinantes de la ley, el reo puede aún hacerse oír en el tribunal más alto de la nación, en el Tribunal Supremo de Justicia.

Nadie, pues, nadie absolutamente que tenga alguna idea del mecanismo, digámoslo así, de nuestras leyes y tribunales, puede creer tan fácil y hacedero que unos cuantos testigos falsos sean bastantes para alcanzar

la impunidad de un crimen, ó llevar al caudal ó á presidio á un inocente.

Nuestra convicción es en esta parte tan profunda, que ya lo hemos dicho, sólo creemos verdad lo que vemos escrito y probado en los procesos originales que examinamos.

Así, pues, todo lo que vamos á decir respecto á los antecedentes de José y Felipe Pardo Martin, deben considerarlos nuestros lectores, no como detalles sacados de la causa original, sino como noticias particulares, cuya exactitud y veracidad sólo conocerán á fondo las personas que las han propalado, y las cuales nos consta que no son las que directamente nos las han referido.

IV

Por el año de 1847, Antonio Felipe Pardo Martin, ya casado, edificó una casita en una pequeña hacienda que había adquirido con su laboriosidad y economía.

Esta casita, en la que empleó casi todos sus ahorros, estaba edificada en el mismo Almayato-bajo y no lejos de un viñedo de su tío Salvador Martin, hermano de su madre.

Ahora bien; para servirse de esta casa había que atravesar parte de este viñedo, y como no estaba reconocida legalmente tal servidumbre, su tío Salvador entabló cuestión judicial en que antecedió querrela.

No comprendemos por un lado cómo el Salvador Martin esperó para reclamar su derecho á que la casa estuviese concluida, y no comprendemos tampoco cómo se autorizó al Felipe á construir en un sitio que no podía utilizar para nada sin el permiso de su tío ó la sentencia á su favor de un tribunal. En este asunto véanse ya dos cosas que parecen rechazarse, y desde luego se adivina que el tío y el sobrino no se apreciaban ni se consideraban como debieran en razón de su parentesco.

Los tribunales que entendieron en esta cuestión fallaron en contra de Felipe Martin, á quien condenaron en las costas del litigio; y como no tenía más bienes que la citada casa, origen del pleito, y la pequeña hacienda que había adquirido, se le embargaron ambas propiedades y se sacaron á subasta pública.

Salvador Martin se quedó con ellas, lo cual no pudo menos de aumentar el encono que ya le profesaban sus sobrinos. A la altura que había llegado la enemistad entre las dos familias, aquel suceso tenía que separarlas más y más, y nosotros lo decimos ingenuamente, colocados en la posición del Salvador Martin, no hubiéramos adquirido la citada hacienda. Pero Salvador Martin, al comprarla, estaba en su derecho; podía hacerlo sin faltar á ninguno de sus deberes como ciudadano y como hombre; podía acusarse tal vez de poco afecto hacia sus parientes, pero nada más.

Ahora bien; en la vida de los pueblos, los acontecimientos más insignificantes suelen tomar proporciones gigantescas, y los odios de familia, engendrados por las más sencillas causas, adquieren una violencia que suele ser origen de terribles disgustos.

Hay en la mayoría de los pueblos rivalidades de familia que son un continuo escándalo y un semillero de disgustos, y que no pueden extinguir las mejores voluntades. Frecuentemente, el origen de estos odios suele ser un chisme cualquiera, ó la envidia, la torpe envidia. El tiempo aumenta estas rivalidades en vez de hacerlas desaparecer, y los que las alimentan en su corazón niegan siempre á toda idea de reconciliación, ni aún de armisticio. Insultanse siempre que pueden, aprovechan todas las ocasiones de perjudicarse mutuamente, y con frecuencia las acciones más insignificantes son consideradas y calificadas como verdaderos atropellos.

Estas reflexiones, aplicables con más ó menos extensión á todos los pueblos de pequeño vecindario, son á nuestro juicio la base

fundamental del proceso que vamos á referir, pues como seguiremos viendo, el odio entre tío y sobrino fué la causa, ó por lo menos el pretexto de la venganza de los hermanos Pardo.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

Un guapo andaluz, hombre forzado y como suele decirse de pelo en pecho, pasaba en una ocasión por la puerta de un maestro herrador, donde á la sazón estaban diez hombres sujetando á un caballo que iban á herrar. Cada vez que el animal sentía un golpe del martillo, tiraba una cox, y se libraba con facilidad de cuantos hombres le tenían cogido. Esta escena se repitió por unas cuantas veces.

El andaluz se paró á presenciaria, y se desternillaba de risa viendo rodar á tantos hombres.

Uno de éstos, que lo vió mofarse de lo que ocurría, le dijo:

—Por qué se rie usted, mozo guapo?

—Porque estoy viendo diez salamanqueses sujetar á ese caballo, cuando si yo lo cojo no se mueve hasta el mes que viene,—contestó el valiente.

—Pues si usted quiere, téngalo solo y lo veremos.

—Voy allá, mi amigo.

Cogió en efecto la pata del caballo, se aseguró, y dijo al maestro:

—De usted fuerte, que está amarrado á una columna.

El maestro dió el primer martillazo, despidió el caballo una cox, y salió mi hombre rodando por la calle como una bola de billar.

Levantóse entontecido, buscando algún objeto á derecha ó izquierda. Todos le preguntaron deshechos de risa:

—¿Qué busca usted, hombre?

—¿Qué busco! ¿Qué he de buscar? La pata, ¿No me la traje cuando me despidió esa fiera?

Un cajero entregó al jefe la cuenta correspondiente al año, encabezándola con una especie de discurso, en el cual encomiaba su probidad, economía, etc. Al final se leía este párrafo: «Por último, ninguno podrá presentar tantas y tan repetidas pruebas de onradez como el que suscribe.»

El jefe, que era muy exigente en materia de ortografía, notó con disgusto la falta de la *h*, y llamando inmediatamente al cajero, le dijo:

—Amigo mio, desde hoy cesa usted en su destino.

—¿Dios mio! ¿Por qué?

—Porque su onradez de usted no me satisface.

El cajero, ofendido, citó á juicio al que le injuriaba.

—El señor tiene que probar su calumnia,—dijo,—yo soy un hombre honrado á carta cabal.

—Repito que su onradez de usted no es completa.

—¿Pues qué le falta?

—Una *h*. Y mostró el documento.

El cajero pagó el juicio y no volvió á incurrir más en semejante descuido.

Hallábase in extremis el célebre matemático francés Bossut, rodeado de su familia, cuyos individuos todos le dirigian palabras consoladoras, pero él no daba señal alguna de conocimiento. Entró Maupertuis y dijo:

—Ya vereis como yo le hago hablar.—¿Cuál es el cuadrado de doce?

—Ciento cuarenta y cuatro,—respondió incontinenti Bossut.

Estas fueron sus últimas palabras.

Un hombre de buen apetito fué con un amigo suyo á comer á una mala venta en

un camino extraviado, pero tuvieron la desgracia de no encontrar más que tres huevos y una botella de vino.

—En cuanto al vino hay bastante para los dos, porque el señor no bebe,—dijo el comilon;—y por lo que hace á los huevos, tráigalos usted, que ya nos arreglaremos.

En efecto, puestos en la mesa, tomó dos y dijo al compañero:

—Ahora escoja usted.

—¿Y cómo he de escoger,—dijo el otro,—si no queda más que uno?

—Todavía puede usted elegir entre tomarlo ó dejarlo.

A Sócrates, á quien designa la histo-ria como un modelo de paciencia, le dieron una bofetada, y se contentó con decir:

—¿Lástima es que no sepa cuándo hay que salir con visera.

Un alcalde tuvo necesidad de escribir la cédula de filiación de una señora tuerta; pero el buen alcalde no tenía mucho de lo de Salomón, y por no ofender á la dama puso las *señas particulares* en esta forma:

«Ojos negros, hermosos, expresivos, pero uno de ellos está ausente.»

Exámen.

El cura.—Vamos á ver niño, ¿sabes la doctrina cristiana?

El niño.—Sí señor.

El cura.—¿Para qué es el sacramento del matrimonio?

El niño.—¿Toma! Eso no lo sé, porque es nuevo.

El cura.—¿Nuevo!

El niño.—Sí señor; como ahora es por lo civil....

El cura.—Tienes razón, no me acordaba: vamos á ver otra cosa. ¿Sabes el misterio de la Trinidad?

El niño.—Ni lo sabe nadie en el pueblo. Se hacen conjeturas por qué se marchó sin despedirse; pero le aseguro á usted que nadie está enterado.

El cura.—¿Pero de qué misterio hablas?

El niño.—Del de la Trinidad, de su sobrina de usted.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

El cura.—Toma la cédula, hijo: sabes más doctrina que el padre Astete.

Dos cazadores, compadre y ahijado, se contaban un día sus mútuas proezas y los fenómenos que en la caza habían contemplado.

El ahijado, viendo que no conseguía asombrar á su compadre, quiso darle el último golpe.

—Compadre,—le dijo,—yo he visto una liebre que no había galgo que pudiera alcanzarla; figúrese usted que tenía, además de sus cuatro patas naturales, otras cuatro sobre las costillas, de modo que cuando se cansaba de correr de un lado se volvía del otro.

—Muchas de esas he cazado yo, respondió el compadre imperturbable.

—¿Cómo?—preguntó su contrincante asombrado.

—Atando dos galgos por el lomo.

En los periódicos de París se publicó hace poco el siguiente anuncio:

«Se vende un hermoso lorito que habla dos lenguas.»

Un comprador fué á la casa en que el animal estaba de venta, y preguntó al amo:

—¿Cuáles son las lenguas que habla el loro?

—El francés, contestó el vendedor.

—¿Y la otra?

—La otra? La suya.

En un reciente pleito en Inglaterra por rompimiento de palabra de matrimonio, la demandante mis Charlotte Froster, presentó al juez la siguiente cuenta:

Por tentativa de dar un beso bajo supuesto falso, libras esterlinas, 200.

Por varias cartas encabezadas Querido Edwin, 800 libras esterlinas.

Por jugar con el corazón, 800.

Por otras frioleras, 200. Total de libras esterlinas, 2.000.

El jurado sentenció al Tityro á 350 libras esterlinas.

¿Cuáles serían las otras frioleras?

—Juan, ¿cuántos Dioses hay?

—Dos.

—¿Cómo es eso?

—Uno es el Dios que todos los cristianos adoramos, y el otro yo.

—No blasfemes, hombre.

—Pregúntaselo á mi mujer, que al acostarse y al levantarse dice: «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto.....»

TIPOS DE MADRID



Vendedora de «La Correspondencia».

Uno de los amigos de Zenon le dijo que el amor era una cosa indigna de un filósofo.

—Si así fuera,—contestó aquel sabio,—sería muy triste la suerte de las mujeres, no pudiendo ser amadas más que por los necios.

Un sujeto muy devoto estaba leyendo un día en la Sagrada Escritura, y llegó á un párrafo en que decía que un hombre, por castigo de sus pecados, fué poseído por un demonio mudo.

Entonces el devoto, con todo el ardor de su alma, se arrodilló diciendo:

—Dios mío, si un demonio de esta clase se apodera de mi mujer, no la libreis de él, os lo ruego.

Un inglés había formado el propósito de perseguir á una viuda andaluza, mujer de pocos años, pero de mucho saber, según decía de ella su difunto.

Enamorado el hijo de la Gran Bretaña de la andaluza, no se atrevía sin embargo á manifestarla sus sentimientos, pero la perseguía á sol y á sombra.

Conoció la viuda fácilmente las pretensiones del inglés, y se propuso *marearle*; disponía de algunos fondos, y emprendió un viaje á Italia. Lo sabe el inglés, y sale para Italia; pasa la viuda á Viena, y sale para Viena el inglés; se embarca la viuda para Filipinas, y en medio de su viaje les sorprende una borrasca; cae enferma la viuda y la arrojaron al mar. El hijo de Albion, que la seguía como siempre, se tira al Océano después de apuntar en su libro de memorias: «A los tres años he conseguido unirme á la viuda en alta mar.»

CHARADA.

Tendida prima y segunda por el espacio infinito, es iman de los descos, es asombro de los Icaros. Mi tercera es una frase que aterra siempre el oído, y mata con la esperanza los más amantes designios. Mi todo terror fué un día de los pueblos conocidos; hombre fué, hoy es un bruto que existe en algun cortijo.

Por todo lo no firmado,
TORCUATO TARRAGO Y MATROS.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.